

394

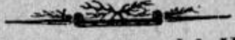
MES

DE

SAN JOSÉ

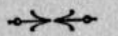
el primero y más perfecto de los

Adoradores



Estractado de los escritos del Vble. Eymard
y precedido
de una Carta Pastoral
del Illmo. Sr. Obisro de Tarbes
sobre
el

SANTÍSIMO SACRAMENTO Y SAN JOSÉ



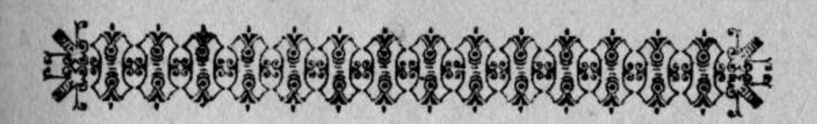
Pequeña Biblioteca Eucarística
Calle de Arturo Prat 471, Santiago
1911

Santiago, 27 de Enero de 1911.

Visto el precedente informe del R. P. Superior de la Congregación del Smo. Sacramento en Buenos Aires, concédese la licencia necesaria para la impresión y publicación de la obra intitulada «*Mes de San José*», traducida del francés. Tómese razón.

ROMÁN,
V. G.

Morán C.,
Secrio.



PREFACIO

Así como el jardinero diligente sostiene con un rodrigón, contra su propia debilidad y contra los caprichos del viento y de la borrasca, la flor que cultiva con celoso cuidado; Dios, en su misericordia, prepara, para las obras que él inspira y que funda en su Iglesia, apoyos, "rodrigones" que los sostengan y les permitan alcanzar, sin peligro, la edad de su fuerza y de su madurez. Bajo la benévola protección de los señores obispos de Tours, de Carcassone y de Arras, los humildes volúmenes de la *Biblioteca del Santísimo Sacramento* hicieron su aparición en el mundo, y queremos consignar aquí, en nombre de nuestros lectores, nuestra gratitud á Sus Señorías. Pero una mano que nunca se ha cansado de bendecir, una voz que ha alentado con bondad constante á todo recién llegado, es

la mano, es la voz de Monseñor el Obispo de Tarbes. Enteramente consagrado á la gloria de la Eucaristía, como él mismo lo ha proclamado en su *Evangelio de la Eucaristía,* el venerado prelado parecía complacerse en bendecir todo lo que podía, hasta en la más pequeña medida, servir para manifestar más claramente, para hacer amar más el Misterio de amor.

Y hoy ¿cómo expresaremos nosotros nuestro agradecimiento? Monseñor Pichenot no se contenta ya con alentarnos con una benévola carta: nos permite enriquecernos con sus tesoros y beber en su abundancia para ayudar nuestra escasez.

Fiel á nuestras promesas, nos preparamos á publicar los piadosos pensamientos de nuestro venerado Padre Eymard sobre San José, el más perfecto y el primero de los adoradores. Aquí, como en el *Mes de Nuestra Señora del Santísimo Sacramento,* convenía sostener con algunas razones teológicas y testimonios de los santos Padres, lo que sólo su fe y su amor le mostraban de las virtudes que hacen de San José el perfecto modelo de la vida adoradora: nuestro trabajo está hecho, y mucho mejor sin comparación de lo que hubiéramos podido pretender hacerlo. Con

su fe, su ciencia y su piedad, unidas á la autoridad de Pastor y de Doctor de su pueblo, Monseñor el Obispo de Tarbes nos dice que somos deudores á San José del trigo divino que nos es ofrecido en la Eucaristía; nos muestra que participando de él en el Sacramento de vida nuestra felicidad iguala y aun sobrepasa en cierto modo á la felicidad del Padre nutricio de Jesús; y en fin que sus ejemplos nos enseñan del mejor modo posible como debemos prepararnos á recibirlo bien y aprovecharlo.

Cuando se hayan saboreado esas bellas enseñanzas, se estará más apto para reunir á San José y la Eucaristía en un mismo amor, y se estudiará con más fruto, bajo la disciplina del Padre Eymard, las virtudes admirables, la vida de adoración de San José.

Una aspiración hacia Jesús-Eucaristía termina la lectura de cada día; recordemos bien durante todo este mes y siempre que los pastores, los Magos, y todos los que quieren hallar á Jesús, deben buscarlo con María su madre y José (1); que la Trinidad terrestre, creada en Belén en la pobreza

---

(1) Invenerunt Mariam, et Joseph, et infantem positum in praesepio...(Luc., II).

y reconstituída en el cielo en los esplendores de la gloria, no se debe separar tampoco en nuestro amor y en nuestro culto; en fin, que sobre el Niño-Dios del tabernáculo, más débil en la hostia que en sus pañales, velan el amor y las solicitudes de María y de José, al mismo tiempo que sus adoraciones se elevan hacia el corazón de Jesús para indemnizarlo del olvido y de la ingratitud de los hombres.

He aquí la bénevola carta por la cual Monseñor el Obispo de Tarbes nos autoriza para publicar, á la cabeza del *Mes de San José* del Padre Eymard, su *Pastoral* sobre el Santísimo Sacramento y San José.

Tarbes, Diciembre, 21 de 1872.

MI QUERIDO PADRE:

Consiento complacido en que insertéis mi Pastoral sobre el Santísimo Sacramento y San José en el libro que vais á publicar. Tendré el placer de poder contribuír así por mi parte á la devoción á San José, al culto y á la gloria de la Santísima Eucaristía.

Recibid, querido Padre, la nueva seguridad de mi afectuosa estimación.

† P. A., Obispo de Tarbes.

El Santísimo Sacramento y San José

Desearíamos, amadísimos hermanos, haceros comprender dos cosas respecto al glorioso Patriarca San José: la primera es que á él debemos, en cierto modo, el trigo de los elegidos, la Sagrada Eucaristía; segundo, que en la santa Comunión nuestra dicha iguala y aún supera la suya.

I

EN PRIMER LUGAR, EL GLORIOSO PATRIARCA NO ES EXTRAÑO AL MISTERIO EUCARÍSTICO

1.° En efecto, nosotros poseemos en nuestros tabernáculos, ofrecemos en el altar y recibimos en la Sagrada Mesa el cuerpo nacido de la Virgen María; así lo canta la Iglesia: *Ave verum corpus natum de María Virgine.* Este cuerpo sacrosanto fué concebido, es verdad, por obra del Espíritu Santo; pero fué formado, sin embargo, en las castas entrañas y de la substancia misma de una Virgen, que ya no se pertenecía, puesto que había escogido un esposo; y ya bajo este respecto, San José tenía sus dere-

chos sobre el Niño Jesús. Escuchad cómo razona sobre este punto el bienaventurado Obispo de Ginebra: "Si una paloma, dice, llevando en su pico un dátil, lo dejase caer en un jardín en el cual echase luego raíces, ¿á quién otro pertenecería el árbol que naciese de él, sino al dueño del jardín? Puesto que el propietario de la finca lo es también de los frutos que produce: *Res fructificat domino.* Ahora bien, el Espíritu Santo, la dulce paloma del Jordán, dejó caer ese dátil inmortal, el Verbo increado, en el seno de María, que Él mismo compara á un huerto cerrado: *hortus conclusus, soror mea sponsa, hortus conclusus;* y allí ha crecido el Justo por excelencia, allí se ha desarrollado y se ha vuelto grande cual esbelta palmera: *justus üt palma florebit.* Pero la Santísima Virgen pertenecía á San José, como pertenece la esposa á su esposo, y por consecuencia de ello, el fruto bendito de sus entrañas le pertenecía también: *quod nascitur in agro meo, meum est,* dicen los jurisconsultos. Es como si fuera su hijo; es una dorada espiga que ha crecido en su campo; es un racimo purpúreo que ha brotado de las ramas de una vid que es suya: por consiguiente, suyo es también el trigo de los elegidos, el vino que engendra vírgenes."

2.° Hay más aún: San José fué el guardián del Hijo de Dios; él conservó cuidadosamente este depósito sagrado y lo sustrajo á la persecución con riesgo de su propia vida. Apenas nacido Jesús, el cruel Herodes lo busca para darle la muerte; la guadaña mortífera de ese tirano ambicioso quiere segar el trigo misterioso que ha germinado en el seno de María, como en un terreno virgen. Levántate, José, toma el niño con su Madre y huye para salvarle; cuida de Él, guárdale bien, que es nuestra única esperanza: Él debe alimentar un día al mundo entero con su propia substancia. Si la tempestad de la persecución hubiese tronchado entonces la naciente espiga, no tendríamos hoy el Pan Sagrado que da la vida eterna.

Fué en Egipto donde el antiguo José acumuló en inmensos graneros, durante los siete años de abundancia, el trigo de que debían alimentarse los súbditos de Faraón y la casa de Jacob, durante los siete años de escasez. Fué en Egipto primero, luego en Nazaret, donde el nuevo José refugió largo tiempo á Aquel que, abriendo sus tabernáculos en la víspera de su muerte, dijo á los judíos y gentiles: *Tomad y comed, éste es mi cuerpo; tomad y bebed,*

ésta es mi sangre; mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida. Con más razón pues que el Virrey del Nilo, puede ser llamado nuestro José: Salvador del mundo. En estos tiempos de esterilidad, después de transcurridos diez y nueve siglos, todavía vivimos del trigo por él recogido y depositado en esos vastos graneros que llamamos los Santos Tabernáculos.

3.° Y falta todavía algo sobre el punto primero: si bien es cierto que José fué ajeno á la formación del cuerpo de Jesús, no lo fué á su desarrollo y crecimiento; él no le dió el ser, es verdad, pero sí se lo mantuvo y conservó á costa de sus fuerzas; era su padre nutricio, *carnis suae nutritium,* dice San Bernardo, ganando por un trabajo asiduo la vida á Aquel por quien todo vive y respira. De sus sudores, y ¡ay! muchas veces de sus lágrimas se alimentaba el niño de Nazaret.

Ved ahí pues el tercer argumento que nos permite decir que en cierto modo nuestro gran santo tiene parte en el sagrado misterio de la Eucaristía. El pan ganado por él fué lo que sustentó la sangre adorable derramada en el calvario y convertida en nuestro alimento en el Altar. Ese mismo pan, cambiado en la carne del Hijo del

Hombre, es lo que nos hace vivir; puede decirse que la Santa Hostia llega hasta nosotros empapada en los sudores de San José, y el cáliz nos trae con la sangre divina, las lágrimas del carpintero de Nazaret, si así me es dado expresarme. ¿No es éste acaso el sentido y aún la expresión de uno de los pasajes del Decreto de Pío IX, declarando á San José Patrono de la Iglesia universal?...

¿No se dice acaso de él: *Solertissime enutrivit quem populus fidelis uti panem de coelo descensum sumeret ad vitam aeternam consequendam?* "Alimentó con la mayor solicitud á Aquel á quien debía recibir un día el pueblo fiel, como pan de vida para llegar al Cielo."

II

Hemos dicho, en segundo lugar, QUE POSEYENDO LA SANTA EUCARISTÍA, NADA NOS QUEDA QUE ENVIDIAR AL GLORIOSO PATRIARCA, SIENDO NUESTRA DICHA IGUAL POR LO MENOS Á LA SUYA. El mayor privilegio de San José fué el de ser elegido entre todos los hombres para tutor y custodio del Niño Jesús.

Ahora bien, por este doble título, fué

testigo de su nacimiento y de sus primeros misterios; vivió largos años bajo el mismo techo y en la más dulce intimidad con Él y murió en fin bajo sus ojos y entre sus brazos. ¡Y bien! gracias al sacramento de la Eucaristía, nadie hay que no pueda ser tan favorecido como San José.

1.° Si él, en el establo de Belén asiste al nacimiento del Redentor, si lo adora envuelto en pañales y puesto en un pesebre, si oye los cánticos de los ángeles, ve llegar á los pastores y contempla con admiración á los Magos: ¿no asistís vosotros, cuantas veces lo queréis, á la santa Misa, donde el Hijo de Dios vuelve á nacer cada día y cubierto por la envoltura eucarística descansa sobre el altar? ¿No cantáis el *Gloria in excelsis Deo?* ¿No veis cómo ricos y pobres, grandes y pequeños, sabios é ignorantes, prosternándose á sus pies le ofrecen allí el oro de la caridad, el incienso de la plegaria y la mirra del ayuno y de la penitencia?

El día de la purificación, José acompañó á Jesús al templo y oyó las palabras del santo anciano que profetizaba la gloria del recién nacido, al par que las persecuciones y dolores que debía sufrir. Con frecuencia, durante el Sacrificio, ¿no oís vosotros la

voz de vuestros amados Pastores que se eleva desde la cátedra sagrada para expresaros las grandezas y humillaciones de Jesús Sacramentado, y enseñaros á conocerle, amarle y servirle para tener parte en su reino?

2.° San José vivió mucho tiempo en compañía del niño Jesús. Cuando pequeñito, ¡cuántas veces lo tuvo sobre sus rodillas, lo llevó entre sus brazos, y lo estrechó sobre su pecho, cubriéndole con sus besos y bañándole con sus lágrimas! Más tarde, ¡con qué familiaridad se entretenía con Él en deliciosos coloquios!...Y vosotros, decidme: ¿no compartís la morada del Hijo de Dios cuando os halláis en el templo?...¿no vivís en su santa compañía, al lado suyo? ¿Acaso no es esto de nuevo Nazaret y sus privilegios? Del fondo del Tabernáculo, del medio del altar, de lo alto de la custodia ¿no hace descender Jesús hasta vosotros su luz y su calor, la verdad y su caridad ardiente? En ciertos días lo encontráis, como José, en el templo enseñando á los doctores y sacerdotes. Pero, ¿qué digo? vuestra dicha no se reduce á ver cerca de vosotros y estrechar en vuestros brazos al Hijo de Dios, sino que lo poseéis dentro de vosotros mismos, en lo

más íntimo de vuestra alma. Quizá esta misma mañana, salvando la barrera de vuestros labios, haya tomado un pequeño descanso en vuestra lengua trémula de emoción y descendido luego hasta el fondo de vuestro pecho santificado. Así ha encontrado Él, el medio de unirse con vosotros más estrechamente aún, que lo que lo hizo con su padre adoptivo. San José no comulgó nunca; sois pues en cierto modo más felices que él.

Este misterio fué traducido con admirable maestría por un artista cristiano, en una pintura al fresco. Representa un grupo de la Sagrada Familia. El Niño Jesús tiene su brazo izquierdo pasado familiarmente por el brazo derecho de San José. Su actitud indica que le habla: se trata de una revelación. Con esa mano que tan amorosamente ha pasado por el brazo de su padre nutricio, Jesús le señala unas espigas maduras pendientes de un haz de trigo que lleva bajo su brazo izquierdo, mientras que con la otra mano el bello adolescente le indica una cepa, de cuyas ramas cuelga un racimo de magníficas uvas. Le revela el misterio eucarístico. Una lágrima brilla en la mejilla de San José: es la expresión de un pesar que parte del fondo de su

alma. ¡Oh hijo mío! parece decirle, y ¿yo quedaré privado de ese manjar?

3.º San José tuvo en fin la dicha de morir entre los brazos de Jesús, que, enjugando sus lágrimas y hablándole del cielo, recogió su último suspiro. Por el Santo Viático, Nuestro Señor se transportará también al lado vuestro y estará á la cabecera de vuestro lecho de dolor para consolaros y bendeciros; inclinándose sobre vuestra frente. Él enjugará también los sudores de vuestra agonía y os dirá: ¡Ánimo! siervo bueno y fiel; hoy estarás conmigo en el Paraíso! San José no hizo su entrada al cielo hasta el día de la Ascensión. Jesús lo dejó partir solo al limbo: á vosotros os acompañará en el largo viaje del tiempo á la eternidad. Puede decirse en cierto modo que le llevaréis con vosotros al Purgatorio, si es que os veis en la necesidad de pasar por él antes de entrar en la gloria. ¡Ah! bien podemos aplicar aquellas palabras que el Evangelio decía de San Juan Bautista: José fué uno de los santos más grandes y favorecidos sobre la tierra, *non surrexit major*. Pero, el último de los cristianos, el más pequeño en el reino de Dios, después del Evangelio y la Eucaristía, es

aún más grande que él en cuanto á los favores: *major est illo.*

III

Sólo me resta ahora demostraros cómo el insigne Patriarca nos enseña, con su ejemplo, la manera de prepararnos para recibir las gracias del Señor y de conducirnos en nuestras relaciones más íntimas con la Divinidad. Por su *fe*, su *pureza* y su *recogimiento* habitual, fué cómo mereció San José la dignidad de Padre adoptivo del Salvador.

1.° *Su fe.*—San José creyó ciegamente en el misterio de la Encarnación en la virginal fecundidad y en la maternidad divina de María. Él reconoció y adoró en el recién nacido del pesebre, en el aprendiz de Nazaret, en el humilde artesano que trabajaba bajo sus órdenes, al Eterno, Criador del universo. Y, sin embargo, ninguno de los prodigios que habían de llenar un día toda la Judea con la fama de su nombre, se había realizado aún. El testimonio del Ángel bastaba al glorioso Patriarca, y sin temor de engaño, adoraba á su Dios y Señor en aquel que, por inescrutables designios

de la Providencia, se hallaba sometido á su autoridad paterna.

Ante la débil Hostia de nuestros altares nuestra fe, como la del glorioso Patriarca, se halla sometida á prueba. Más oculto aún que en el niño de Belén, más anonadado que en el taller de Nazaret, se encuentra Jesús en la divina Eucaristía. Él lo ha dicho, sin embargo, y eso debe bastarnos. Nada hay más cierto que las palabras de la Verdad increada: adoremos pues ciegamente al Hijo de Dios, cuya real presencia se halla oculta en el Santísimo Sacramento del Altar.

2.° *La pureza.*—La virtud de la pureza nos acerca á Dios. Jamás hubiera consentido Nuestro Señor en recibir las caricias de San José, en descansar sobre su corazón y ser mecido entre sus brazos, si el virginal esposo de María no hubiese sido un ángel de inocencia y de pureza. Supliquémosle, pues, que nos obtenga y conserve esta hermosa virtud; que plante en nuestras almas la embalsamada azucena que lleva en su mano, á fin de que la suavidad de su perfume atraiga á ellas al Esposo de las almas castas y haga huír de ellas al enemigo infernal.

3.° *El recogimiento.*—Á la par que la

pureza, es necesario el espíritu interior para acercarse con fruto al Altar de Dios. Un alma ligera, disipada, no saca ningún provecho. Todo lo malgasta. Ya en los tiempos preevangélicos lo decía el Profeta: "La tierra está desolada porque no hay nadie que reflexione en lo interno de su corazón". La comunión frecuente, hecha con perfección, es poco menos que imposible, si no va unida con la práctica de la meditación. San José es patrono de la vida interior; en medio de las ocupaciones más vulgares y fatigosas, él se mantenía siempre unido íntimamente con Dios. Mientras sus manos manejaban las herramientas de su oficio, su corazón se elevaba al cielo; estando siempre pronto á escuchar la palabra de Jesús y recibir sus gracias.

Debemos persuadirnos de que no son los trabajos ni las ocupaciones lo que nos disipa; sino nosotros que desgraciadamente nos disipamos por ellos. Pidamos al gran San José se digne revelarnos el secreto de la vida interior; y esforcémonos en hermanar siempre el trabajo con la plegaria; la vida activa con la contemplativa, á fin de que nuestras acciones todas reciban su mérito por el espíritu interior que las anime.

Para terminar esta instrucción y resumirla, permitidme que os recuerde un sueño que el antiguo José narraba á sus hermanos. Me parecía ver, decía el hijo de Jacob, que nos encontrábamos reunidos en un campo ligando haces de heno; y que mi haz se mantenía erguido, mientras los vuestros, encorvándose, lo adoraban. La visión del antiguo patriarca tiene su realización y se renueva en los días de adoración y de bendición. El haz divino que el nuevo José ha cosechado en el campo de María, se mantiene firme y erguido en el altar, y cual otros tantos haces de heno, todas las almas piadosas, grandes y pequeños, sacerdotes y seglares, se inclinan en su presencia y rendidamente lo adoran. ¡Alabado sea Dios! Regocijémonos; estos días han de ser para vosotros nueva fuente de gracias y prosperidad.

Á vosotros, amados comulgantes, quiero legaros también un recuerdo del Génesis: Cuando el ministro del Señor ha depositado en vuestros labios el trigo de los elegidos, en esos momentos en que en vuestras almas rebosan las gracias del Dios de la Hostia, id á llevar presurosos el grano bendito á vuestro querido padre, á aquel abuelo

venerable, que quizá, como el anciano Jacob, perece de hambre, alejado de los Sacramentos de la Iglesia. ¡Ojalá el poder de vuestras plegarias y ejemplo y el buen olor de Jesucristo que habéis de esparcir en torno vuestro, logre atraerlos, y les haga venir al encuentro de José, para solicitar el sustento que sus almas necesitan! Quizá tengáis hermanitos pequeños, que aun no han hecho su primera comunión, traedlos con vosotros; preparad para el Señor esos tiernos Benjamines que desea abrazar en el fuego de su caridad.

Cristianos, redoblemos todos juntos nuestro fervor y piedad hacia San José en la persona de Aquel, con quien tuvo tan estrechas relaciones. Él fué el siervo fiel y prudente de que nos habla el Evangelio, á quien el Señor estableció en su casa, para que diese á cada uno la medida de trigo en tiempo oportuno: *fidelis servus et prudens quem constituit dominus super familiam suam, ut det cibum in tempore.* No parece sino que el Señor hubiese querido, en tal pasaje, hacer la historia de San José, hallándose como estereotipada en esa lacónica parábola la misión temporal que tuvo que desempeñar en vida el padre nutricio del Salvador, y aquella otra misión sobrenatu-

ral que, después de su gloriosa muerte, está desempeñando incesantemente en nuestro favor.

✠ Pedro Anastasio,
Obispo de Tarbes.



MES DE SAN JOSÉ

DÍA PRIMERO

INTENCIONES PARA EL MES DE SAN JOSÉ

HENOS aquí llegados al hermoso mes de San José. Hagamos un propósito firme de pasarlo con piedad. Es mi más ardiente deseo inculcaros una gran devoción al glorioso Patriarca. Consagrados por nuestra vocación al servicio de la adorable Persona de Nuestro Señor, realmente viviente en medio de nosotros, hemos de tributar un culto especial á aquellos santos que por lazos de parentesco ó por circunstancias especiales han tenido una relación más estrecha con Él.

Trataré de haceros admirar en San José el más perfecto de los adoradores y el modelo acabado de la vida de adoración.

Nuestra primera intención, al hacer este piadoso ejercicio, ha de ser dedicada á nuestra santa Madre la Iglesia y al Soberano Pontífice, á quienes asechan incesantemente tantos enemigos; es una justa manifestación de nuestro agradecimiento por el beneficio que recibió todo el orbe católico, cuando la Santidad de Pío IX proclamó á San José patrón de la Iglesia universal.

Haremos este mes, en segundo lugar, por la República, á fin de que San José haga germinar en ella su fe, sus virtudes, y particularmente, para que distribuya en ella con liberalidad el Pan Eucarístico, que ha de comunicarle una vida exuberante, poniéndola á salvo de la miseria general. ¿Y luego? ¡Ah! después de haber interesado á San José en favor de la Iglesia, del Pontífice y la Patria, ¿no será justo implorar su protección en favor de la humilde familia del Santísimo Sacramento y de todas aquellas almas que á ella se hallan ligadas en un mismo amor y devoción hacia la adorable Eucaristía?

Sí; le pediremos buenas vocaciones

eucarísticas, para gloria de Nuestro Señor; le pediremos buenos adoradores: el Santísimo Sacramento necesita hallarse rodeado de verdaderos y fervientes adoradores que reemplacen al pie de su trono al glorioso San José, reproduciendo las virtudes de su vida de adoración.

Si queréis obtener mucho, durante este mes, no pongáis límites á vuestros deseos y súplicas; apelad á la bondad sin medida de San José. "Todo lo esperamos de vuestra benevolencia, ¡oh gran santo! y nos conformamos en todo con vuestra voluntad. Sois poderoso en los cielos, mirad esta humilde porción de la gran familia católica; no podéis rehusarle vuestro amor, pues todo su ideal es servir á Jesús que en el Santísimo Sacramento se halla sometido á mayor debilidad y miseria que en Belén y en Nazaret: bendecidla, pues, y sed nuestro padre y protector".

Estad persuadidos de que San José se dejará conmover por nuestra súplica y nos prodigará la abundancia de sus gracias.

Aspiración.—San José, encargado por Dios de cultivar el Trigo de los elegidos, ruega por nosotros.

4

DÍA SEGUNDO

LA TRIPLE DIADEMA DE SAN JOSÉ

CONTEMPLEMOS con una sola mirada todo lo que fué San José; esto nos servirá para formar algo así como un cuadro de conjunto; después de lo cual entraremos á estudiar cada uno de sus privilegios y virtudes en particular. Y son tales las grandezas de nuestro santo, y han de suministrarnos una materia tan abundante, que por más que las tomemos por frecuente objeto de nuestras meditaciones, jamás llegaremos á agotarlas, ni dejaremos de hallar algo nuevo que admirar.

Tres magníficos florones se destacan desde luego en la corona que ciñe las sienes de San José: su dignidad, su santidad y su poder.

Representante y sombra viviente del

Padre Eterno, ha recibido el sagrado depósito de su Hijo Unigénito, y el de María, criatura bendita entre todas; y él les tributa los homenajes correspondientes de su encendido amor.

San José es, además, jefe de la Sagrada Familia; de esa Trinidad terrestre tan semejante á la Trinidad celeste.

Josué impuso al sol su voluntad; mas, este nuevo y verdadero Josué da sus órdenes y es obedecido por el Criador mismo de los astros.

Pero, si grande es la dignidad de San José, su santidad es aún mayor. Él recibió los dones más abundantes y extraordinarios de santidad infusa: santificado desde el seno materno, fué dotado desde luego con todos los favores divinos concedidos á los demás santos, en grado supereminente.

Su santidad adquirida, que el Evangelio sintetiza en esta sola frase, *"Era justo"*, es un conjunto de todas las virtudes, elevadas á un grado heroico.

El Evangelio nos hace admirar su caridad, su pureza, su perfecta obediencia, su amor desinteresado hacia Jesús, su humildad, su predilección por la vida sencilla y oculta: por poco que nos detengamos á

meditar los misterios en que San José tomó parte, descubriremos en él la más sublime santidad, y esta sola expresión: *"Era justo"* es como el sello de su santidad perfecta. Dios lo ha dotado, por otra parte, de un poder proporcionado á su dignidad, y que es digna recompensa de su perfección.

San José ejerció su autoridad sobre Jesús y María, no solamente en calidad de jefe de la Sagrada Familia, sino que además ellos mismos le dieron todo poder sobre su corazón.

Él tiene derecho sobre los bienes de su Hijo: y son nada menos que los tesoros de la Divinidad; derecho sobre los bienes de su Esposa, más rica en gracias que todos los santos reunidos.

Y, en el reino de los cielos, todavía tiene José el honor incomparable de ser llamado padre, por el Soberano de los ángeles y de los hombres.

Y María, la Reina del cielo y de la tierra, continúa dándole el título de Esposo y lo honra como á tal!

Aspiración.—San José, custodio de los graneros eucarísticos del divino Padre de familia, ruega por nosotros.



DÍA TERCERO

DIGNIDAD DE SAN JOSÉ

INÚTILMENTE buscaríamos entre la multitud innumerable de los santos uno que haya sido elevado á una dignidad comparable á la de San José, la cual consiste en haber sido elegido por padre legal del Hijo de Dios humanado. ¡He ahí un hombre, pues, á quien va á llamar Padre el Hijo de Dios; como á tal va á servirlo y obedecerle; y á cuyos pies va á implorar, con sumisión filial, la bendición paterna! El Padre celestial se ha despojado, por decirlo así, de sus derechos sobre el Hijo de Dios, ha abdicado de ellos en las manos de San José; y si por acaso hubiera sido posible que el Padre terrestre mandase algo distinto de lo decretado por el Padre celestial, á aquél y no á Éste hubiera obedecido Nuestro

Señor, puesto que San José había recibido de Dios la autoridad sobre Jesucristo.

Entraba, pues, en los designios de Dios que Jesús cumpliese respecto de San José todos los deberes de un hijo sumiso.

¡Ah! los Ángeles admiran, se asombran y no alcanzan á comprender cómo este hombre da órdenes al Verbo que ellos adoran y hace con toda sencillez lo que ellos no hubieran osado jamás.

El Hijo de Dios confía su divina Madre á San José. Él será guardián y tutor de esta Virgen inmaculada, la criatura más santa y augusta que haya podido salir jamás de las manos del Criador.

Aun más, él será su verdadero y legítimo esposo: tendrá pleno derecho á su sumisión y á su amor; y María le honrará y lo amará con el amor de la esposa más fiel.

¡Qué honor para San José hallarse unido con vínculos tan estrechos á aquella á quien el Verbo de Dios llama Madre, y que pronto ha de ser declarada Reina de cielos y tierra y Soberana de los Ángeles y de los hombres! Padre de Jesús, Esposo de María, tales son las dos fuentes de donde surge la grandeza incomparable de San José; grandeza que lo coloca en un

rango particular, superior á todas las jerarquías celestes: él forma parte del misterio de la Encarnación, hallándose muy próximo al Verbo de Dios hecho carne.

Sólo en el cielo comprenderemos la grandeza de San José, y las dignidades con que ha sido honrado serán el objeto de nuestras eternas alegrías.

Ya desde ahora en la tierra podemos prever lo que será él en la gloria. En los días de Belén y Nazaret existían dos cielos: en el cielo de la gloria el Padre se manifestaba á los Ángeles en toda su hermosura: en Belén y en Nazaret se hallaba el segundo cielo, donde el Hijo de Dios se manifestaba en toda la magnificencia de su amor. Jesús tenía dos Padres á quienes prestaba obediencia.

Y casi me atrevería á decir que el cielo de la tierra era preferible al de la gloria, porque en aquél el Hijo de Dios sufría por nosotros y nos manifestaba mayor amor; abundando asimismo en mayores gracias, porque en él habitaba el Verbo como Dios y como hombre: y San José era el jefe de esta Trinidad terrestre, en que se hallaban reunidas todas las riquezas del paraíso.

Aspiración. — Dadnos hoy, ¡oh San José! el Pan supersubstancial del alma.

DÍA CUARTO

RIQUEZA DE SAN JOSÉ

San José es el más favorecido de todos los santos. Dios, en vista de la dignidad á que iba á elevarlo, hubo de usar para con él de una liberalidad enteramente divina; de otra manera hubiera podido quejarse de que el Señor no le diera lo necesario para sostener su rango. Sabemos que Dios otorga sus gracias en razón al estado á que llama. Excediendo aún la medida de lo necesario, dispensa gracias superabundantes, gracias de representación: Dios trata á sus santos con honor; siempre observa en la repartición de sus gracias lo que podríamos llamar el decoro divino.

El Padre celestial no tuvo sobre la tierra más que un santo que lo representase: comprenderéis, pues, que debió darle todo

lo que reclamaba su honor de padre, para que lo representase dignamente; Dios Hijo, que requería un padre nutricio digno de Él, agregó sus propias riquezas y todos sus dones; y el Espíritu Santo, cuya fecundidad iba á actuar bajo el manto y la protección de San José, lo adornó con sus más sublimes gracias.

San José ha recibido la primera gracia de predestinación. Todos los dones de la inteligencia y del corazón, todos los dones, naturales y sobrenaturales, le fueron otorgados, en la medida más abundante. San José era noble, de la sangre de David, que fué elegido rey por voluntad de Dios.

Su inteligencia fué esclarecida con luces particulares, para que pudiese comprender la grandeza del misterio de que iba á ser depositario durante treinta años. ¡Y su corazón, de qué dulzura, de qué amor, se hallaba penetrado! Después del Corazón de María no hay, ni habrá jamás, corazón más amante. No es preciso que os hable de su cuerpo: era perfecto, y la majestad más dulce irradiaba en toda su persona.

Pero Dios quería que San José participase de la vida de su divino Hijo: lo cubrió, pues, con un manto de humildad; le hizo salir de Jerusalén, lo confinó en

una ciudad desprestigiada ante la opinión, que se consideraba imposible que de ella saliese nada bueno: y allí lo dejó morir en la obscuridad.

Si grande es San José á los ojos de Dios, más aun lo es y lo será ante los hombres: hay que estudiarlo y hacer crecer en nuestros corazones el culto más filial para con él.

Aspiración.—San José, que habéis alimentado al que nos alimenta con su Sagrado Cuerpo, ruega por nosotros.



DÍA QUINTO

NOBLEZA DE SAN JOSÉ

Cuando Dios Padre dispuso dar al mundo á su Hijo, quiso hacerlo con el honor que le correspondía, siendo digno de todo honor y de toda alabanza. Le preparó, pues, una corte y un servicio real, dignos de Él: Dios quería que, aun sobre la tierra, tuviese su Hijo, si no á los ojos del mundo, á lo menos á sus propios ojos, una recepción digna y gloriosa. Dios no improvisó el misterio de gracia, de la Encarnación del Verbo: habiéndose ocupado en preparar, desde mucho tiempo, á aquellos á quienes había elegido para que tomasen parte en este misterio. La corte del Hijo de Dios hecho hombre, la componían María y José; el Dios, tres veces Santo, no podía haber

encontrado, servidores más dignos para cuidar de su divino Hijo.

Consideremos especialmente á San José. Encargado de la educación del Príncipe real del cielo y de la tierra, tiene que gobernarlo y servirlo; y su servicio ha de honrar á su divino pupilo: no era propio que Dios tuviese que ruborizarse de su Padre adoptivo. Y como Jesús era Rey, de la sangre de David, hizo nacer á José de este mismo tronco regio; quiso que su Padre adoptivo se hallase revestido también de la nobleza terrestre. Por las venas de José corría la sangre de David, de Salomón y de todos los nobles reyes de Judá: si la dinastía hubiese ocupado el trono, aun en su tiempo, él hubiera sido el heredero y debería haberlo ocupado á su vez. No detengáis vuestros ojos en su pobreza: la injusticia había usurpado á su familia el trono á que tenía derecho; mas no por eso dejaba de ser rey el hijo de los reyes de Judá, los más grandes, nobles y ricos del universo.

En los registros del empadronamiento, en Belén, el gobernador romano tuvo que reconocer é inscribir á José como heredero de David: he ahí sus pergaminos reales,

son muy claros y llevan la firma que prueba su autenticidad.

Mas diréis, quizá, ¿qué importa la nobleza de José? Jesús vino sólo para humillarse. Y yo os respondo que el Hijo de Dios, que quiso humillarse durante su vida, quiso asimismo reunir en su Persona todo género de grandezas: Él también era rey, por derecho de herencia; era vástago de sangre real. Jesús era noble: y cuando eligió á sus Apóstoles entre la plebe, los ennobleció; este hijo de Abrahán tenía todo derecho á ocupar el trono de David: El Señor no condena el honor de las familias: la Iglesia no iguala tampoco el nivel de las clases sociales, respetemos, pues, todo lo que ella respeta; la nobleza deriva de Dios.

Pero, ¿entonces es preciso ser noble para servir á Nuestro Señor? Si lo fueseis, tributaréis á Nuestro Señor una gloria particular, pero la nobleza de origen no es necesaria en rigor para servirle dignamente. Él se contenta con la buena voluntad y la nobleza del corazón. Sin embargo, en los anales de la Iglesia se registran un gran número de santos, de los más ilustres, pertenecientes á familias de noble abolengo; muchos también de familia

real. Nuestro Señor se complace en recibir los homenajes de todo lo que es honorable. San José recibió una educación perfecta en el Templo, y Dios lo preparó así para ser el noble servidor de su Hijo, el edecán del más noble de los príncipes, el protector de la reina más augusta del universo.

Aspiración — San José, todopoderoso sobre el Corazón de Jesús, ruega por nosotros.



DIA SEXTO

LA SANTIDAD DE JOSÉ LO PREPARA DIGNAMENTE PARA EL DESEMPEÑO DE SUS SUBLIMES FUNCIONES

Los honores y las dignidades no constituyen la santidad de San José. Las sublimes funciones que desempeña no son su mayor título de gloria.

Sin embargo, cuando las dignidades vienen de Dios, suponen en aquel á quien Dios las dispensa una santidad proporcionada.

¡Cuál no debió ser, pues, la santidad de José, para merecer tantos favores, como jamás han sido ni serán otorgados á nadie sino á él!

Sin duda San José era el más santo de los hombres; convenía que Dios eligiese al más perfecto y digno de los hombres

para confiarle una misión tan grande cerca de Jesús y María.

La santidad de José correspondía perfectamente con su dignidad. Él era esposo de la Inmaculada Virgen María, pero esposo virgen á su vez, siempre virgen: esta virtud había de manifestarse en todo su brillo, á la primera señal de la maternidad de María, cuyo divino misterio ignoraba. Él era padre adoptivo de Jesús, su padre legal, su padre nutricio: ¡con qué fidelidad, abnegación y amor cumplió esta misión, sirviendo y protegiendo á Jesús en Belén, en Egipto y en Nazaret, hasta su muerte! Es que Jesús era su único tesoro.

San José poseía en el más alto grado todas las virtudes del más fiel esposo, del más tierno y abnegado padre, y las practicaba con toda perfección para con María y Jesús.

¡Con qué fidelidad tan discreta guardó José el secreto que se le había confiado de Jesús y María! Él era el único hombre en el mundo depositario y dueño en cierto modo de tan precioso tesoro: una palabra, una sola palabra de su boca, lo hubiera colmado de gloria: mereciéndole ser proclamado como el más feliz de los

esposos y el más honorable de los padres. Pero no fué así. San José gozó solo de su felicidad en la obscuridad de su profesión, en la pobreza de su vida y en el olvido del mundo.

¡Qué hermoso ejemplo de humildad para nosotros! ¡cómo nos enseña á no revelar los dones de Dios, á ocultar nuestras pobres virtudes, á fin de preservarlas de la vanidad humana!

San José, el más grande de los santos, es el más humilde y oculto de todos: y en esto participa excelentemente de los caracteres de la santidad de María y de Jesús, de la cual puede decirse que lo que dejaron admirar no es nada en comparación de los tesoros inmensos de gracias y de virtudes que nos serán revelados solamente en el cielo.

Aspiración. — San José, que llamáis hijo vuestro al Dios que adoramos en la Eucaristía, ruega por nosotros.



DÍA SÉPTIMO

DE CÓMO DEBEMOS JUZGAR DE LA GRANDEZA DE SAN JOSÉ

San José fué el primer adorador, el primer religioso; sin duda él no adoró á Nuestro Señor en su forma eucarística, ni tuvo la dicha de comulgar; pero poseía y adoraba á Jesucristo bajo la forma humana (1).

San José conoció mejor y más profun-

(1) Quien quiera conocer, sin embargo, las relaciones íntimas que ligan á San José con la Eucaristía, lea la hermosa pastoral de Mons. Pichenot obispo de Tarbes, que encabeza este volumen, la que satisfará su inteligencia, no menos que su piedad.

damente á Nuestro Señor que todos los santos juntos; él no vivió sino para nuestro Señor Jesucristo. He ahí su gloria particular, el carácter propio de su santidad: en eso cabalmente debe ser nuestro modelo y eso es precisamente lo que constituye su incomparable grandeza.

Bien sé yo que su vida es poco conocida y reviste poca gloria exterior, mas, ¿por qué hemos de juzgar de la grandeza de los santos por la gloria y el brillo que rodea su misión y su vida? Dios glorifica á sus santos en el cielo: nosotros quisiéramos que los glorificase ya aquí abajo; nos parecemos en esto á los judíos que querían un Mesías glorioso. Cuando consideramos á algún santo, nos detenemos en su gloria exterior; le erigimos un trono al lado de Nuestro Señor: nos preocupa la glorificación del hombre. Bueno es, sin duda, exaltar los dones de Dios en sus santos; pero hay en eso un secreto pensamiento de comparación, un poco de egoísmo, un cierto deseo que se desliza en nosotros, para llevarnos á servir al Señor con la mira de llegar á ser, á nuestra vez, grandes y gloriosos; es una raíz del hombre viejo que aspira siempre á ser algo, aun en el servicio de Dios.

Es preciso juzgar de los santos en Jesucristo; para juzgar de la excelencia de un santo, observad su grado de transformación en Jesucristo; haciendo así, lo colocamos en su centro y en su fin, volvemos el rayo al sol que lo envía; no nos limitamos entonces á glorificar tan sólo al hombre ó los dones de Dios, sino que glorificamos á Jesucristo mismo, autor de toda santidad; puesto que no tanto viven de Jesucristo los santos, como vive en ellos Jesucristo, según el decir de San Pablo: "Ya no soy yo quien vive, sino Jesucristo que vive en mí".

Al admirar cuánto se aproximó San José á Nuestro Señor y cuán perfectamente se transformó en Él, comprenderemos su verdadera grandeza, su verdadera santidad.

Ésta será nuestra ocupación durante todo el mes; consideraremos cada día en particular una de las gracias de San José y encontraremos en él el adorador más perfecto, enteramente consagrado á Jesús, trabajando siempre cerca de Jesús, teniendo á Jesús por fin de sus virtudes y de su vida: en esto debe ser nuestro modelo y debe nuestra vida inspirarse en la suya.

Aspiración.—San José, de quien puede decirse que ya no vivíais, sino que vivía Jesús plenamente en vos, rogad por nosotros.

DIA OCTAVO

SAN JOSÉ TODO PARA JESÚS

Todas las gracias que recibió San José le fueron otorgadas en vista del servicio de Nuestro Señor y de la Santísima Virgen. La gracia que recibía no era para él; por consiguiente, no debía detenerse en su persona; la virtud debía brotar de él, como brota la flor de su rama, para inclinarse luego hacia Jesús por intermedio de María.

Desarrollemos un poco este pensamiento. Dios crió á San José para Nuestro Señor, y nada más que para Él: ningún prójimo, ninguna obra lo reclamaba. Dios Padre había criado y dotado á San José en vista de su Hijo; el Verbo lo había preparado para Sí mismo exclusivamente. La Santísima Trinidad había acumulado

en San José verdaderas montañas de gracias, todos los favores de los justos, patriarcas y profetas de la antigua Ley. San José recibió, según la naturaleza y la gracia, la herencia de todos los santos que vivieron antes que él. Más allegado á Nuestro Señor que cualquier otro santo, gozó de las primicias de la gracia: pues bien, todo eso lo recibió para Nuestro Señor, y nada más que para Él.

Criado para Jesucristo, San José no debía vivir sino para Él, sólo para Nuestro Señor debía cultivar sus virtudes. La Sagrada Escritura le llama siervo bueno y fiel, porque, en efecto, él vivió consagrado al servicio de la adorable Persona del Hijo de Dios. No todos los santos fueron destinados al servicio directo é inmediato de la divina Persona del Señor: los Apóstoles recibieron la gracia y la misión del apostolado: Dios los enviaba cerca de los hombres; no tenían pues misión cerca de Nuestro Señor; recibían las gracias para comunicarlas á otros; habían sido criados para el mundo, para ser ministros de la Misericordia.

San José había sido colocado por Dios cerca de Nuestro Señor: entre los hombres es el único á quien haya cabido el honor

de servir inmediatamente á la divina Persona de Jesús: ésta fué gracia sólo á él concedida, por eso canta la Iglesia con mucha razón: "¡Oh bienaventurado José! que habéis visto, tocado, llevado y estrechado en vuestros brazos á Aquel á quien en vano desearon ver los patriarcas y los reyes!"

Para corresponder á su gracia, San José no debió practicar jamás la virtud con miras personales; fué siervo bueno y fiel: se entregó sin mezquinas reservas, no queriendo ser de aquellos siervos que reservan para sí parte del tiempo, substrayéndolo al amo. José amaba la humildad, sólo porque Jesús la amaba y quería vérsela practicar; porque sabía que, habiendo venido el Verbo á la tierra para humillarse, quería tener un servidor humilde.

Practicaba José la penitencia y la mortificación, porque veía que el Hijo de Dios encarnado buscaba todas las ocasiones de hacer penitencia y mortificarse. Él veía más claro que nosotros, su fe era más viva: Jesús era el libro en que estudiaba, y adquiría esta ciencia divina sin dificultad. San José consideraba la pureza como la cualidad de conveniencia, indispensa-

ble, para desempeñar su misión cerca de Jesús, y como tal la amaba.

¿Comprendéis ahora cuál fué el curso de todas las virtudes de José? No le sirvieron de corona, sino que, revistiéndose de ellas como con místico ropaje, sirvió con todas ellas al Verbo, que se encarnó para practicar todas las virtudes.

José no se propuso, pues, por fin de sus virtudes el ser feliz ó perfecto. Desde el momento que una pobre alma deja deslizar en sus intenciones ese funesto *yo*, se vuelve mercenaria; esa alma se forma un tesoro aparte, en el que va depositando lo que substrae del tributo que en su totalidad pertenece á su Señor: San José lo hacía todo para Jesús, tanto más dichoso de ver que Jesús creciese y pareciese, cuanto más se empequeñecía y se eclipsaba el humilde servidor.

Aspiración.—San José, sombra perfecta de Jesús, ruega por nosotros.

DIA NOVENO

SAN JOSÉ, BUENO Y LEAL SERVIDOR

EL servicio de la adorable Persona del Verbo hecho carne, Jesucristo, fué el único fin de la vida de San José.

La nobleza de su nacimiento, la gloria de sus antepasados, y las gracias y dones con que fué dotado tan magníficamente, todo le había sido dado para el servicio de Jesucristo. San José lo comprendió y cumplió todos sus deberes como bueno y fiel servidor de la casa de Dios.

Ningún pensamiento, ninguna palabra, ni acción ninguna de San José, dejaron de ser jamás un digno homenaje de amor á la mayor gloria del Verbo encarnado.

Tal debe ser también mi vida, si quiero ser siervo verdadero de Jesús en el San-

tísimo Sacramento. Mas ¡ay! ¡cuán lejos me hallo de asemejarme á mi modelo, San José! ¡Cuántos pensamientos extraños á mi fin! ¡Cuántas afecciones impuras ó por lo menos demasiado terrenales, ocupan mi corazón; cuántas acciones hechas sin intención sobrenatural y maleadas quizá por la vanidad y el amor propio! Y, sin embargo, me he consagrado enteramente á Jesús en su divino Sacramento. Me he entregado para siempre y sin reserva á su real servicio. He prometido consagrarme con todo cuanto soy y tengo, para procurar la extensión del gran reino de Jesús-Eucaristía y su mejor servicio. Así pues, todo lo que no se relaciona con el servicio de la divina Eucaristía debe serme indiferente, y debo considerar como soberano mal cuanto pudiera perjudicarlo.

¡Dios mío! de lo íntimo de mi corazón renuevo mi entrega á Vos! me consagro sin condición y sin reserva á vuestro divino y noble servicio: mas, sed Vos mismo mi gracia y mi vida.

Aspiración.—San José, modelo perfecto del servicio de la adorable Persona de Jesucristo, ruega por nosotros.



DÍA DÉCIMO

SAN JOSÉ ADORADOR PERFECTO

¡Cuan grande es San José á los ojos de Dios, por sus títulos de Padre de Jesús y Esposo de María! y cuán grande debe aparecer también ante los hombres todos!

Su misión ha de durar tanto como dure la Iglesia y se extiende á toda la cristiandad. Es necesario que conozcamos, que estudiemos la parte que podemos esperar de sus gracias y de su protección, en nuestra calidad de adoradores. Vamos á ver cómo estos dones de San José, y todas sus gracias, tienden á hacer de él un perfecto adorador.

Desde su venida al mundo, cuando Jesús estaba aún encerrado en el seno de María, como en un copón viviente, quiso tener dos adoradores: María y José. Desde

que el Ángel desvaneció la duda que atormentaba á este buen santo, respecto á las maravillas obradas en María, él no cesó de adorar á Jesús oculto en su seno virginal.

Cuando el Verbo hecho carne fué dado á luz en Belén, San José y María le adoraron incesantemente; en esos momentos lo tenían ante sus ojos: era preciso que la humanidad entera se hallara representada á los pies de Jesucristo, por estos dos santos. ¡Ciertamente, Adán y Eva fueron bien reemplazados!

San José trabajaba todo el día en Nazaret, y como no podía permanecer de continuo á los pies del Niño Jesús, viéndose obligado á veces á salir de su casa, por asuntos de su oficio, María lo reemplazaba en esos momentos cerca del Hijo divino; pero, cuando al anochecer volvía á su casa, pasaba incansable toda la noche en adoración, feliz de contemplar en Jesús los tesoros ocultos de la divinidad.

Sin detenerse en las apariencias exteriores con que Jesús había querido ocultar su divinidad, la fe de José penetraba hasta el Sagrado Corazón, é iluminado por la luz sobrenatural veía con mirada profética todos los estados por los cuales había de

pasar Jesús: San José adoraba, y se unía á la gracia de todos los misterios. Él adoró á Nuestro Señor en su vida oculta; en su Pasión y en su muerte; lo adoró de antemano en el santo Tabernáculo, en la divina Eucaristía. ¿Podía Nuestro Señor ocultar algo á San José? Él recibió la gracia de todos los estados de Nuestro Señor; poseyó la gracia de adorador del Santísimo Sacramento, y ésta es la que debemos pedirle. Tengamos confianza, gran confianza en San José, que sea él patrón y modelo de nuestra vida de adoración.

Aspiración.—San José, que ganaste con el sudor de tu frente el Pan vivo de tus hijos, ruega por nosotros.



DÍA UNDÉCIMO

VIRTUDES DE LA ADORACIÓN DE SAN JOSÉ

DESPUÉS de la Santísima Virgen, ha sido San José el primero, y más perfecto adorador de Nuestro Señor.

La fe de su adoración fué mayor que la de todos los santos.

Su humildad, más profunda que la de todos los elegidos.

Su pureza, mayor que la de los Ángeles.

Su amor, tan acendrado, que jamás criatura alguna, ni angélica, ni humana, tuvo, ni pudo tenerlo semejante para con Jesús.

La abnegación de San José era tan grande como su amor.

¡Cuán glorificado debía ser el Verbo hecho carne por las adoraciones de María y de José, que lo desgraviaban de la indi-

ferencia y de la ingratitud de sus criaturas!

San José adoraba el Verbo encarnado, en unión con la divina Madre; unido á todos los pensamientos, actos de adoración, de amor y de alabanzas de Jesús para su Padre celestial; y á sus actos de caridad para con los hombres, por quienes se había humanado.

La adoración de San José iba dirigida á los misterios presentes, actuales; así como también á la virtud, la gracia y el espíritu de los mismos. En la Encarnación, adoraba el anonadamiento del Hijo de Dios; en Belén, su pobreza; en Nazaret, su silencio, su debilidad, su obediencia, sus virtudes, de las cuales tenía un claro conocimiento; siéndole manifiestas sus intenciones, y el sacrificio que representaban por amor y á la mayor gloria del Padre celestial.

San José adoraba, por lo menos interiormente, cuanto Jesús decía y pensaba. El Espíritu Santo se lo manifestaba, á fin de que pudiese glorificar al Padre celestial en unión con su divino Hijo, nuestro Salvador.

De modo que la vida de San José fué

vida de adoración de Jesús, y de adoración perfecta.

Me uniré pues á este santo adorador, para que me enseñe á adorar á Nuestro Señor y me asocie con él, á fin de que yo sea el José de la Eucaristía, como fué él el José de Nazaret.

Aspiración.—San José, Padre y modelo de los adoradores, ruega por nosotros.



DÍA DUODÉCIMO

LUCES DE LA ADORACIÓN DE SAN JOSÉ

NUESTRO Señor Jesucristo es la perfección misma, perfección sin límites. Infinita como la misma divinidad, no se le puede asignar ningún término, pues en sí misma es infinita. Tan luego como descubrimos un rayo de estas perfecciones, nos sentimos impulsados á seguir descubriendo siempre más; y jamás uno puede saciarse, porque jamás habremos agotado nuestro objeto.

Á medida que Nuestro Señor se manifestaba á San José con más amor, el hambre y sed místicas de mejor conocerle aumentaban en su alma. Cuanto más viva era la luz que recibía, más grande era su amor y sus virtudes más puras: San José

se inspiraba en las virtudes más puras, y en el amor más perfecto para servir á Nuestro Señor; y cuanto más penetraba en el conocimiento de sus perfecciones, crecía su amor aún más: ésta es una consecuencia necesaria. "Si alguno me ama, dice Jesucristo, mi Padre lo amará, y Yo me manifestaré á él".

San José experimentaba la inmensa, la imperiosa necesidad de amar siempre y cada día más á Nuestro Señor. Variaba los actos de sus virtudes siguiendo la luz que recibía de la contemplación del amor: no vivía en sí mismo, sino en Nuestro Señor, que le hacía penetrar cada día más en los secretos de su Corazón.

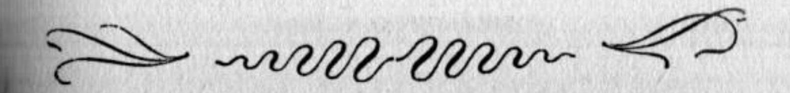
San José mantenía una unión íntima con la Santísima Virgen; pero no vivía en ella, y del mismo modo María, aunque respetaba y honraba profundamente á su casto esposo, tampoco vivía en él. Nuestro Señor era el centro de la vida de entrambos, su fin soberano é inmediato.

San José es el modelo perfecto de la pureza en nuestro servicio eucarístico. Nuestro Señor debe ser el fin de todas las gracias que recibimos; toda nuestra vida debe tender hacia Él como hacia su fin; debe desarrollarse toda en Él como en su

centro. No perdáis jamás de vista el servicio de su adorable persona, todas vuestras gracias, todas vuestras virtudes no tienen otro objeto que el de comunicar á vuestras facultades la habilidad que reclama semejante servicio; á vuestra alma, la belleza que en ella quiere ver Jesús.

Honrad pues á Nuestro Señor, pero que este servicio sea interior, debéis cumplirlo en Nuestro Señor, ocultaros y vivir en Él. Él es luz y calor; el amor parte de su Corazón cual llama devoradora. Muy desgraciado es aquel que, viviendo junto á Él, no lo ve, ni lo siente!

Aspiración.—San José, que llevastéis en vuestros brazos al que recibimos en nuestros corazones *bajo la forma de la Hostia,* ruega por nosotros.



DÍA DÉCIMOTERCIO

VIDA OCULTA DE SAN JOSÉ

UNA de las mayores gracias que Dios puede conceder á una alma, es la de inspirarle la devoción á San José: es lo mismo que descubrirle el tesoro de gracias de Nuestro Señor; y cuando Dios quiere elevar un alma á un alto grado de santidad, le da un gran amor á este buen santo.

Sólo Nuestro Señor puede hacernos conocer á San José, revelarnos sus virtudes; pues el llevó una vida enteramente oculta. Parece que Dios quiso rodearlo de silencio, soledad y recogimiento á fin de ocultarlo á las miradas del mundo. Durante treinta años San José mantuvo oculto el tesoro que custodiaba: no dejó vislumbrar, ni siquiera por una

manifestación de respeto extraordinario, quién era Nuestro Señor; para ello fué precisa una virtud, prudencia y sabiduría muy admirables. Él practicó el silencio interior y exterior, haciendo consistir para sí mismo la virtud, en el silencio y en un silencio de muerte.

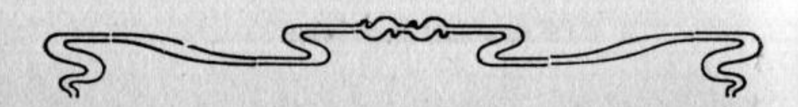
Vivió en Nazaret en la soledad más absoluta; y del mismo modo solitario en Belén y en Egipto. El amor busca la soledad, y para la vida interior ella es necesaria. Solo con Nuestro Señor, San José no hacía caso del mundo: el mundo estaba muerto para él y él para el mundo. Una alma que no está contenta y á quien falta algo poseyendo á Nuestro Señor, se puede considerar como muy desdichada. Si se nos hubiere invitado á pasar una hora en Nazaret, con Jesús, María y José, estoy cierto que hubiéramos dejado todo, para no perder ni un minuto de esta bendita hora; de igual manera San José consideraba como la mayor pena, cuando se veía obligado por su trabajo á dejar por algunos instantes, la casita habitada por el Niño Jesús.

San José silencioso y solitario se mantenía siempre recogido en Jesús y en María; no saliendo nunca de ese centro

divino. Somos aún demasiado terrestres para comprender el recogimiento de San José; él vivía de amor; contemplaba á Nuestro Señor y veía en Él todo lo que tenía que hacer, del mismo modo que Jesucristo contempla sin cesar á su Padre celestial y en Él encuentra la forma de sus pensamientos, de sus juicios, de sus acciones, en una palabra, de toda su vida.

Nosotros, no menos felices que José en Nazaret, tenemos á nuestro lado á nuestro Señor Jesucristo, en el Santísimo Sacramento; sólo que nuestros pobres ojos no lo ven; mas hagámonos interiores y podremos contemplarle. San José es la mejor puerta para penetrar en el corazón de Nuestro Señor; Jesús y María quieren satisfacer sus deudas para con San José, que se abnegó por ellos; y su mayor felicidad consiste en cumplir el menor de sus deseos. Entrad por él, que él os introducirá por la mano en el santuario interior de Jesús Sacramentado.

Aspiración.—San José, que marchabais siempre en la presencia de Dios, ruega por nosotros.



DÍA DÉCIMOCUARTO

SILENCIO DE SAN JOSÉ

GRANDE fué San José en la virtud del silencio. Guardó con fidelidad el silencio más absoluto, sobre el misterio que Dios le había confiado. Nada pudo hacerle violar el secreto de Dios.

San José practicó además el silencio de la humildad. ¡Qué honor y qué gloria para el justo José, conocer al Mesías, poseerlo, ser su Padre adoptivo, ser el esposo de la Madre de Dios!

Y, sin embargo, no reveló ni una chispa siquiera de esta gloria, ni una palabra pronunció que pudiera atraerle la alabanza ó la admiración de los hombres.

San José practicó el silencio de la paciencia en sus pruebas; no buscando

consuelo sino en Nuestro Señor, pensando que sufría por el Verbo encarnado.

Á imitación de Nuestro Señor, silencioso en el Santísimo Sacramento, practicaré fielmente el silencio, á fin de estar siempre listo para oír las órdenes del rey y ejecutarlas.

No hablaré sobre las gracias que reciba, á fin de que los homenajes sean rendidos sólo á Jesús, que es el autor de ellas.

Soportaré, sobre todo, con paciencia, las penas que puedan sobrevenirme, pensando en el silencio de Jesús víctima de amor, que soporta las irreverencias, los desprecios, los ultrajes, sin quejarse, sin castigar á los culpables, buscándolos, por el contrario, para convertirlos y hacerles bien.

Aspiración — San José, imagen perfecta de la vida oculta de Jesús en la Eucaristía, ruega por nosotros.



DIA DÉCIMO QUINTO

FÉ DE SAN JOSÉ

¡Cuan grande fué la fe de San José! Creyó por la palabra del Ángel el misterio de la Encarnación, en momentos que, turbado á la vista de María, pensaba dejarla.

¡Cómo fué probada su fe en Belén, cuando, rechazado de todas partes, se vió obligado á contentarse con un miserable establo, para que fuese la morada donde naciese el Verbo hecho carne!

¡Á qué nueva prueba fué sometida la fe de San José, cuando, para salvar al Niño Dios, tuvo que partir al destierro; y luego, cuando hubo de regresar á la pobre ciudad de Nazaret, para vivir allí ignorado y en la más absoluta pobreza!

Todas estas pruebas no hacían sino

perfeccionar su fe. San José no veía en el Niño Dios sino la humildad, la debilidad, la pobreza; pero su fe, penetrando la nube, llegaba hasta la divinidad que se hallaba escondida y anonadada en ese cuerpecito, bajo las más obscuras apariencias.

¡Qué perfecta fué por lo mismo la adoración de su espíritu y de su corazón! Pues la adoración está siempre en razón de la fe.

Imitemos la fe de San José, viendo á Jesús tan humilde, tan oculto, tan anonadado en el Santísimo Sacramento. Traspasando la nube que cubre ese sol de amor, adoremos al Dios oculto por amor; respetemos el velo misterioso de su amor, y que el más hermoso homenaje de nuestra fe, sea la inmolación de nuestra razón y de nuestro corazón á sus pies.

Aspiración.—San José, perfecto en la fe, obtenednos el don de la fe, de amor hacia Jesús Sacramentado.



DÍA DÉCIMOSEXTO

FE DE LA ADORACIÓN DE SAN JOSÉ

HACÍAN ya tres meses que la Santísima Virgen llevaba en su seno su tesoro; saboreando en secreto la dicha de saber que aquel que vivía en ella era su Dios. El Ángel reveló á San José el misterio y él lo creyó en el instante; nada veía y, sin embargo, durante seis meses creyó y adoró. ¡Oh! ¡qué adoración tan ferviente debió ofrecer á su Dios, cuando lo supo habitando ese tabernáculo viviente! Es imposible explicar la perfección de su adoración.

San Juan se estremeció de gozo al aproximársele María: ¡qué impresiones debió experimentar San José durante los seis meses que vivió teniendo á su lado y bajo sus ojos al Dios escondido! El padre

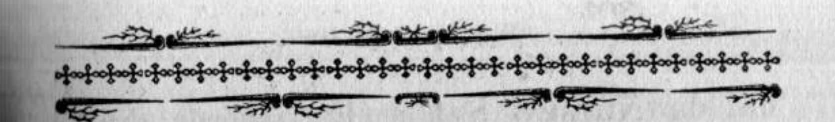
de Orígenes besaba á la noche el pecho de su tierno hijo, adorando en él al Espíritu Santo como en su templo. ¿Dudáis acaso que San José no hubiese de adorar con frecuencia á Jesús, al Verbo oculto en el purísimo Tabernáculo de María? ¡Oh! ¡cuán piadosa debió ser esta adoración: mi Señor y mi Dios, he aquí á tu siervo! Nadie podrá describir la adoración de esa alma grande. San José no veía, él creía; su fe debía ver al través del velo virginal de María. Pues bien, bajo los velos de las sagradas especies, nuestra fe debe ver también á Nuestro Señor; pidamos á San José su fe viva, la perfección de su fe.

Más tarde, cuando San José tiene la dicha de estrechar entre sus brazos y sobre su corazón al Niño Jesús; ¡qué homenajes de fe le tributa! Estos homenajes eran más gratos á Nuestro Señor, que los que recibe en el cielo. Imaginaos ver á San José adorando á su Dios en el débil Niño que descansa en sus brazos; repitiéndole que quisiera morir por Él y diciéndole todo cuanto su corazón desearía hacer por su gloria y por su amor. Las creaciones del genio y del amor están siempre en razón de la santidad: cuanto más pura y sencilla es un alma, más magníficas son

las expresiones de su amor y de su adoración. Adorad también sobre el altar al Verbo hecho Niño por nosotros; por más que hagáis, vuestra adoración no tendrá jamás el valor de la de San José: uníos á sus méritos; un alma que ama á Dios, en todo le sacrifica su amor: y Dios escucha á esa alma, que vale ella sola tanto como otras mil juntas.

San José tributó á Nuestro Señor el homenaje de la adoración de compasión; es decir, que su fe le hizo ver á Nuestro Señor inmolado sobre el Calvario y sobre los altares, y lo adoró uniéndose á su sacrificio. Jesús le reveló sus padecimientos futuros: al amor de San José le faltaba esta consagración; pues el amor que no padece es un amor de niño. ¡Oh! jamás podréis abrigar el amor de compasión en el mismo grado que San José. Uníos á él, adorando la augusta víctima de los altares; que vuestra adoración, como la suya, sea sostenida y alumbrada por la fe. Creed y veréis, pues la fe es la visión del alma pura.

Aspiración.—San José, que penetraste el interior de Jesús, ruega por nosotros.



DÍA DÉCIMOSEPTIMO

ABNEGACIÓN DE SAN JOSÉ

Cuando la Sagrada Escritura dice de San José, que era justo, ciñe con una corona todas sus virtudes; mas, sin embargo, alaba de una manera especial su fidelidad: San José fué fiel en el cumplimiento de toda la ley. Del mismo modo que Nuestro Señor la cumplió hasta el último detalle, asimismo San José no descuidó ningún punto de ella: cumplió con fidelidad hasta los más mínimos deberes, respecto á Dios y á los hombres.

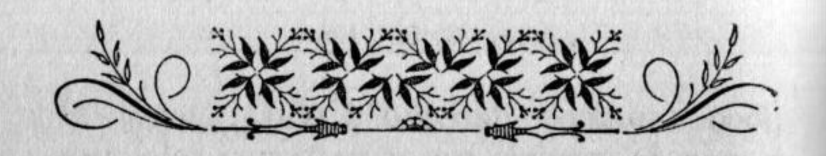
San José tuvo además esa virtud que caracteriza á los buenos servidores: LA ABNEGACIÓN. Él fué abnegado; no buscándose á sí mismo en nada y consagrando todos los momentos de su vida al servi-

cio de Nuestro Señor. Es interés de Él sacrificaba su reposo, su tranquilidad, su trabajo, sin quejarse jamás, ni ocuparse en pensar en las consecuencias que esto le acarrearía. Casi diría que su abnegación era infinita, es decir, que jamás dijo: ¡Basta! sino que se entregó sin reserva. La abnegación es la medida del amor, está al mismo diapasón con la energía de nuestro amor; y cuando amamos á alguien más que á nosotros mismos, entonces la abnegación no tiene límites. San José se inmoló durante toda su vida, y se hubiera considerado por demás feliz, de morir por atestiguar su amor á Nuestro Señor. Y para que su abnegación fuese verdaderamente desinteresada, no fué coronado ni recompensado aquí abajo.

El servicio de la divina Eucaristía requiere que, como San José, seamos también abnegados hasta la muerte, si fuera preciso. Jamás podremos corresponder á los sacrificios de Jesús por nosotros; por más que viviéramos millares de años, siempre le seríamos deudores. Nos es menester la abnegación desinteresada de San José, que no busca ninguna recompensa aquí abajo. No es posible remunerar en la tierra el servicio de Nuestro Señor; tam-

poco tenemos derecho á ello, ¿acaso el honor de servirle no es ya por sí solo una hermosa recompensa? ¿Pretendería jamás un Ángel recibir remuneración por sus servicios cerca del Altísimo? La felicidad, el honor de servir á la adorable Persona de Jesucristo: no puede haber para nosotros mayor recompensa que ésta sobre la tierra.

Aspiración.—San José, modelo de abnegación al servicio de Jesús y de María, ruega por nosotros.



DÍA DÉCIMOCTAVO

HUMILDAD DE SAN JOSÉ

Siendo la humildad el fundamento de la santidad, la medida de las gracias y de la gloria, ¡cuál no debió ser la humildad de San José en sus relaciones con Jesús, á quien reconocía por su Creador y Salvador, y cerca de María, la divina Madre de Jesús! Y á pesar de esto, ¡él debía mandar y ser fielmente obedecido por ellos; en una palabra, debía ser jefe de la Sagrada Familia!

¡Cuáles no serían los sentimientos de humildad del corazón de San José, al contemplar las profundas humillaciones del Verbo hecho carne, anonadándose hasta la forma de esclavo; cuáles al oír á la

Inmaculada Virgen declarándose su humilde sierva!

La humildad debe ser asimismo la virtud dominante del adorador de la Eucaristía. Él adora á Jesús, mucho más humillado en el Santísimo Sacramento, que jamás lo fuera en Belén y durante su vida mortal. Él está al servicio del Rey de cielos y tierra, anonadado, bajo las sagradas especies.

Á ejemplo de San José, el adorador ha de considerarse indigno del servicio de Jesús.

Él debe honrar sus profundos anonadamientos eucarísticos, por el voluntario sacrificio de toda gloria personal, de toda estima y de cualquier homenaje que pudiera exaltarlo en la tierra.

Por regla de su humildad debe tener la misma de que se sirvió San José; que no apareció jamás cuando del servicio de Jesús podía redundarle alguna gloria; ó bien la de San Juan Bautista, que respondió á los que pretendieron glorificarle: *Oportet illum crescere, me autem minui.* Es menester que Jesús sea exaltado y que yo me oculte y desaparezca.

Sólo á Jesús alabanza y gloria, á mí menosprecio y olvido.

Aspiración.—San José, humilde en la presencia de Dios hecho hombre, obtenednos la gracia de anonadarnos en el servicio del Dios que se anonada bajo las especies del Sacramento.

———



DÍA DÉCIMO NONO

FIESTA DE SAN JOSÉ

Todo el mes de Marzo es una continuada fiesta de San José. Sin embargo, el 19 es el gran día, el día de su triunfo; los otros los llamaremos días de sus virtudes y de sus gracias; hoy es su victoria, su paraíso. Vamos á celebrarlo, pues, consagrándonos á este gran santo, deponiendo á sus pies todo cuanto somos y poseemos, á fin de que haga de nosotros fieles siervos y dignos adoradores de su Hijo adoptivo, á quien servimos y adoramos en el Santísimo Sacramento.

Acto de consagración á San José

Me consagro á vos, oh buen San José, elegiéndoos como mi padre espiritual; como maestro de mi interior, á fin de que

me hagáis vivir, en unión con vos, de la vida interior, de esa vida oculta con Jesús, con María, con vos mismo.

Yo quiero imitaros, sobre todo en el silencio, que respecto de Jesús, de María, y aún respecto de vuestra felicidad, guardasteis con tanta humildad; todo está ahí para mí; en la total abnegación de mí mismo por la vida oculta de Nuestro Señor, haciéndome olvidar de los demás por el silencio y llevando una vida común.

Me consagro á vos, como á mi guía y modelo en todos mis deberes, á fin de llenarlos todos como vos, en medio de la dulzura y humildad: dulce con mis hermanos, con el prójimo, con todos los que me rodean; humilde en mí mismo, sencillo delante de Dios.

Yo os elijo, oh buen San José, por mi consejero, confidente y protector en todas mis dificultades y penas.....No os pido que me libréis de mis cruces y tristezas, sino del amor propio que las vicia, queriendo sacar vanidad de ellas.

Os suplico que seáis el protector de la Congregación del Santísimo Sacramento, que es la humilde familia de Jesús Eucaristía, su guardiana y servidora. ¡Oh buen San José! servidle de padre, como lo

fuisteis para la familia divina en Nazaret; sed su guía, pues ella posee también á Jesús, tan débil en su Sacramento como lo era en su infancia; sed su protector, pues ella no debe tener ninguna protección humana, ni terrenal; aceptad hoy sus homenajes y su amor. Yo no os pido bienes temporales para la Congregación del Santísimo Sacramento, ni siquiera el verla grande y potente por su desarrollo exterior, lo que anhelo es verla sirviendo siempre á su divino Rey con fidelidad y abnegación.

Por mi parte, os honraré, os amaré y serviré en unión con María mi madre; no separándoos jamás de ella en mi amor.

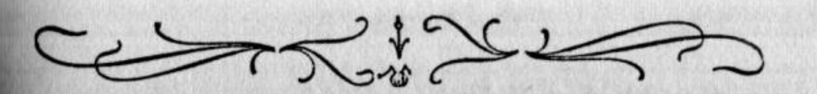
¡Oh! cuánto deseo ser como vos, buen Santo mío, el humilde artesano, el ignorado José, el abono del árbol, el jardinero del Señor, que, permaneciendo siempre en su verjel, no conoce más que sus plantas, sólo ama sus flores, no vive sino de sus frutos y muere en el modesto rincón de su cabaña, mas entre los brazos de Jesús y de María; cuya sepultura se ignora, no pudiéndose honrar sus despojos, por no haber dejado en pos de sí sino el manto de su pobreza y humildad.

¡Oh Jesús! dadme á San José por padre,

como me habéis dado á María por Madre. Inspiradme una devoción, una confianza y amor de hijo y siervo suyo.

Espero ser escuchado....sí, lo seré, no hay duda, pues ya siento que crece mi devoción y mi confianza hacia el gran San José, padre nutricio vuestro y padre mío de adopción.

Aspiración.—¡San José, el primero y más perfecto de los adoradores, obtenedme la gracia de amar, adorar y servir como vos, á Jesús Sacramentado!



DÍA VIGÉSIMO

SAN JOSÉ PERFECTO MODELO DE PUREZA

San José fué casto y virgen. Él conquistó y conservó siempre ese tesoro, cuyo valor no alcanza á pagar todo el oro del mundo; y que constituye la realeza del amor de Dios en un alma.

Está escrito: "Aquel que ame la pureza tendrá al Rey por amigo". De ahí que San José, á quien la gracia de Dios previno, pues había sido santificado desde el materno seno, se consagrase á Él por el voto de virginidad. Á él no le amedrentó lo que entre los judíos era considerado como un oprobio; y sólo consintió en desposarse con la Santísima Virgen, porque era la condición de esta alianza que ellos guardarían mutuamente su tesoro para Dios. La

virginidad era la condición esencial para que San José pudiese llegar á ser digno servidor de Jesús y de la Reina de las vírgenes. Él amaba esta virtud y la custodiaba con el mismo esmero con que cuida un buen siervo de conservar intacta la limpieza y conveniencia de las vestiduras con que ha de comparecer en presencia de su Señor. De manera que en ese primer convento de Nazaret había tres lirios, Jesús, María y José: ¡esto nos revela cuánto agrada á Dios la flor de la virginidad!

Tal ha de ser la pureza del alma dedicada al servicio de la Eucaristía. Como á San José, el Padre celestial le confía el amor, la gracia y la gloria de su Hijo divino; Jesús es todo su tesoro, su Rey y su Dios.

Sólo por la pureza podrá servirle dignamente.

Pureza de espíritu: por la rectitud de intención, no proponiéndose en todas sus acciones sino el mejor servicio de Jesús Sacramentado.

Pureza de corazón: no amando en último término y soberanamente sino á Jesús y á Jesús solo.

Pureza de voluntad: no queriendo sino lo que Él quiere y siempre con la mira de su mayor gloria.

Pureza de cuerpo: por la mortificación cristiana.

¡Oh San José! que á causa de tu pureza mereciste ser elegido para esposo de la más pura de las vírgenes y ser llamado padre de Jesús, alcánzanos una pureza semejante á la tuya, á fin de que podamos servir dignamente á Jesús en su trono de amor, en unión con María, contigo y con los Ángeles.

Aspiración.—San José, lirio de pureza, alcánzanos la túnica nupcial, requerida para tomar parte en el banquete del Cordero eucarístico.

———

DÍA VIGÉSIMO PRIMERO

SAN JOSÉ PERFECTO MODELO DE OBEDIENCIA

A pesar de que no hiciera San José voto de obediencia como lo hizo de castidad, es asimismo modelo acabado de aquella virtud. Su cargo en medio de la Sagrada Familia lo obligaba á ordenar; mas, al mismo tiempo que cumplía cerca de Jesús su misión de padre, era su discípulo fiel; y al ver al divino Hijo obedecer con tanta sencillez y prontitud hasta la edad de treinta años, se prendó de tal virtud y la practicó en el grado más eminente.

Él no se detenía á examinar de dónde procedían las órdenes, ni quién era el que mandaba, ni las razones que las motivaban: obedeció siempre á Dios, á las autoridades y á la voz del deber.

Cuando Dios le ordena por intermedio de un Ángel, que no se aleje de María á pesar del misterio de su maternidad que hiere á su delicadeza, él obedece al punto; cuando se le intima la orden de partir para Egipto, en medio de circunstancias las más penosas, que hubieran sido propias para sumirlo en la angustia y la ansiedad, obedece, sin replicar ni una palabra, sin argüir la más mínima razón. Al regreso no sabe á dónde dirigirse; su instinto natural era volver á Belén, puesto que allí había nacido el Niño y que él ignoraba los designios actuales de Dios sobre él: el Señor lo deja llegar hasta las puertas de la Judea y sólo entonces, por una inspiración interior, le ordena dirigirse á Nazaret. Sin duda, hubiera podido ser advertido con más anticipación, pero San José se complacía en los sacrificios de la obediencia. En todas estas circunstancias, la obediencia de San José fué sencilla como su fe, humilde como su corazón, pronta como su amor, ella se extendió á todo, no descuidó nada: fué universal.

San José fué fiel á todos sus deberes: el deber ante todo; tal fué su regla de conducta; él hubiera sacrificado la dicha de vivir en compañía de María, como sacrifi-

có su reposo de Nazaret en aras del deber.

Obedeció á los príncipes y á todos los que tenían alguna autoridad sobre él: consideraba sus órdenes como viniendo del mismo Dios, pues sabía que de Él deriva la autoridad que tienen para gobernar la sociedad. San José se sometió pues á todas las leyes, no haciendo valer ningún privilegio, ni excepción alguna: quiso cumplir toda justicia.

Tal ha de ser nuestra obediencia, si queremos participar del mérito de la obediencia eucarística de Nuestro Señor. Ésta ha de ser la virtud de nuestro servicio; observar toda la ley ha de ser nuestra gloria; obedecer como nuestro divino Maestro Jesús sin privilegios, como San José nuestro modelo, ése ha de ser nuestro mayor deseo y nuestra soberana felicidad.

Aspiración.—San José, alcánzanos la gracia de participar contigo, en la obediencia tan perfecta de Jesús Sacramentado.



DÍA VIGÉSIMO SEGUNDO

SAN JOSÉ PERFECTO MODELO DE POBREZA

El Verbo de Dios, queriendo desposarse con nuestra pobre humanidad, se hizo pobre por amor á nosotros. "*Vosotros sabéis,* dice San Pablo, *que Jesucristo en su gran misericordia se hizo pobre por nosotros, para enriquecernos por su indigencia*". Y Él quiso que esta pobreza afectiva y efectiva, fuese el estado y la virtud predilecta de los suyos.

San José, que debía revestir el glorioso título y la potestad de padre de Jesús, hubo pues de agregar á todas sus glorias regias y á todas sus cualidades la pobreza evangélica. En Nazaret, en efecto, en ese primer convento, fueron enseñadas y practicadas las virtudes que cons-

tituyen el estado religioso: los votos de pobreza, obediencia y castidad provienen de Nazaret. San José practicó allí todas las virtudes de consejo; al mismo tiempo que padre de Jesús, era su rendido discípulo.

San José fué pobre de los bienes de este mundo. No poseía nada, en un país donde habían reinado sus antepasados: en Belén. Habitó la ciudad más pobre y menospreciada: Nazaret, y la pobre vivienda donde fué concebido el Verbo encarnado, ¿á quién pertenecía? ¿á María ó á José?.... no se sabe; mas, á juzgar por lo que se ve en Loreto, ¡cuán pobre y reducida era!

San José no tenía recursos personales, viéndose obligado á vivir de su oficio, de un oscuro oficio, cual es el de carpintero.

Vestía pobre y toscamente, como lo prueba el manto que se conserva aún, como su más santa reliquia. Pobres y toscas vestiduras, semejantes á las que usaban las gentes de su condición.

Su alimentación era pobre también: el pan de cebada era su pan cotidiano.

Verdaderamente casi causa escándalo ver que el Padre Eterno envía su Hijo en medio de tan absoluta pobreza. Él lo dispuso así, sin embargo, lo previó y con esta mira redujo á San José á tan

extremada pobreza; quería que su Hijo reparase, desde el primer momento, nuestro apego á los bienes materiales y abuso de las riquezas. He ahí por qué San José, que por su nacimiento hubiera podido escalar las gradas de un trono, se vió reducido al pobre oficio de carpintero, con un exterior de tan triste apariencia, que en Belén todo el mundo lo rechazó y se vió reducido al último refugio del indigente, á un pesebre.

Pero San José tenía el espíritu y la gracia de la pobreza de Jesús: la compartía con felicidad y la prefería á todos los bienes y glorias del mundo.

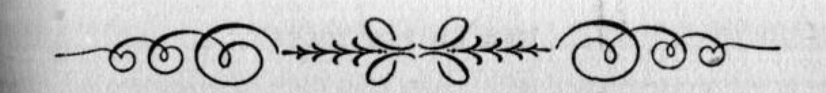
La pobreza afectiva ó efectiva ha de ser amada también por el alma eucarística: es el lazo de amor que la liga al divino Tabernáculo, á la adorable Hostia, á Jesús despojado de todo, por amor al hombre.

La pobreza es la gracia y la gloria del apostolado eucarístico; puesto que, según el Evangelio, los pobres, lisiados, enfermos y mendigos, son aquellos á quienes se ha de invitar con mayores instancias al banquete del padre de familia.

Como San José, el alma eucarística debe estimar pues, amar y practicar la santa pobreza, contentarse con lo necesario y

encontrar aún el medio de honrar con algún sacrificio la real pobreza del Dios de la Eucaristía.

Aspiración.—San José, encargado de aliviar la pobreza del Niño Jesús, remedia la pobreza aún más grande de Jesús Eucaristía.



DÍA VIGÉSIMO TERCIO

SAN JOSÉ SUPERIOR PERFECTÍSIMO

Como jefe de la Sagrada Familia, recibió San José todas las órdenes de lo alto y fué encargado de su ejecución. No á Jesús ni á María iban dirigidos los mensajes celestiales, sino á San José y él era quien debía transmitir las órdenes á su divina familia, haciéndose obedecer de Jesús y de María.

Ante tan extraordinario poder, ¿no se deslizará acaso cierto sentimiento de orgullo en el alma de José? ¿No fijará cierta complacencia en sí mismo? ¡Oh! nó. Cuando Dios otorga á un alma grandes y numerosas gracias, la anonada bajo el peso de su gloria y el alma no encuentra en ellas, sino una razón de humillarse más.

En la elevación de San José se nos pre-

senta una hermosa lección. Él fué jefe, superior de la primera comunidad; Belén, Nazaret, fueron los primeros conventos; Jesús, María y José eran el prototipo de la primera orden religiosa, consagrada á la gloria de Dios. Admirad ahora una circunstancia sorprendente, el superior de esa santa casa es el menor de todos, en gracias, en santidad y en méritos. Comparado con Jesús, el esplendor del Padre, San José desaparece en medio de su nada; puesto al lado de María, no es sino una débil estrella que se eclipsa ante este sol de gracias y santidad. Y, sin embargo, él, el menor bajo todo respecto, es quien reviste la autoridad y quien gobierna.

¡Qué íntimo sufrimiento, qué violencia debía imponer á su humildad, cuando se veía precisado á transmitir sus órdenes á Jesús ó á María, á su Rey, á su Reina! ¡Yo, diría él, pobre desgraciado, ordenar á mis soberanos dueños! Lo hacía, sin embargo, de buen grado, porque era la voluntad expresa de Dios.

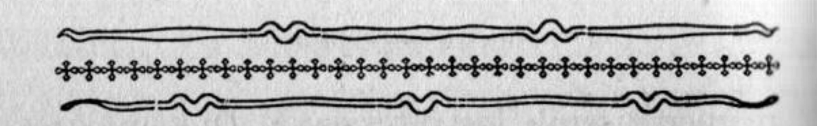
¿Tendremos nosotros la simpleza de envanecernos por estar investidos de autoridad?

Necios precisamos ser para envalentonarnos porque somos quizá superiores: los

primeros serán los últimos. Y Dios en su Escritura, anunciando la edad de oro del cristianismo, dijo: "Un niño pequeño los gobernará y conducirá". Es una gran lección, que deben tener bien grabada todos aquellos que se hallan exaltados por encima de los demás, para mantenerse en la humildad que les conviene: Dios manifiesta así su poder y su misericordia.

Y los súbditos han de mirar en su superior, menos las cualidades personales, que su misión; no se trata ya de lo que es en sí mismo, sino de Nuestro Señor que habla por su boca; no os detengáis á examinar su santidad personal, sino acostumbraos á ver en él á nuestro Señor Jesucristo.

Aspiración.—San José, enseñadnos á tratar á nuestros subalternos, como vos tratabais al Niño Jesús.



DIA VIGÉSIMO CUARTO

LOS SIETE DOLORES DE SAN JOSÉ

Asociado á María en sus gloriosos privilegios, San José tuvo, como ella, su corazón traspasado por siete espadas.

Siete dolores principales son como las estaciones de la vía dolorosa, que San José tuvo que recorrer en compañía de Jesús. Él sufrió sin interrupción en su corazón; mas en ciertas circunstancias su martirio redobló de intensidad; parecía tomar entonces nuevas proporciones, por la renovación del motivo de sus sufrimientos.

1.° Su primero y acerbo dolor fué la pena inmensa que experimentó al observar los primeros indicios de la maternidad de María; cuando estuvo á punto de dejarla

en secreto.—¿Qué va á ser de esta joven, de esta niña casi?—¿Quién cuidará de ella?—El respeto de la ley que ordena la separación, me obliga por otra parte á abandonarla......¡Qué terrible angustia para un corazón tan bondadoso, tan amante y abnegado, como era el de San José, que amaba á María de un modo indecible!

2.° Cuando en Belén es rechazado y se ve reducido á refugiarse en un establo, su corazón se desgarra: no sufre por él, sino por esa joven Madre, la Reina de los Ángeles y por ese tierno Niño que está por nacer y es su verdadero Dios. Lo que sobre todo le hace sufrir, es la injuria que se infiere á estos caros objetos de su amor; son las privaciones que tendrán que soportar en el establo. Él no sabía siquiera cuántos días y noches tendría que pasar en tan miserable albergue: el Señor lo conducía como á ciegas, manteniéndolo siempre bajo su dependencia; y esta incertidumbre agravaba sus sufrimientos.

3.° La circuncisión de Jesús.—¡Qué dolor le ocasiona el pensamiento de que va á hacer sufrir al Niño Dios; que va á derramar él mismo las primeras gotas de su preciosa sangre! Y la vista de aquella

herida, de esa sangre que corre, de las lágrimas y del dolor de la divina Madre, ¡oh! ¡cómo desgarran su corazón!

4.º La profecía del anciano Simeón. Se le revela que su santa y divina Esposa será traspasada por una espada; entonces se le manifiesta todo el sentido de la profecía de Isaías, sobre los padecimientos y humillaciones del Mesías; desde aquel momento sufrió el dolor de María y el de Jesús; y el pensamiento de su doble martirio no lo abandonó más, martirizándole á su vez.

5.º La huída á Egipto. ¿Quién podrá imaginarse sus temores y alarmas? Dios no quiso librar su corazón del temor, para hacerle producir actos de abandono á su Providencia. En aquel país desconocido, en medio de esos caminos desiertos, San José experimenta las más crueles ansiedades. ¡Teme todas las desgracias con su corazón de padre y de padre el más amante.... ! ¡El, pobre anciano, encargado de defender sólo el tesoro de Dios Padre, contra los enemigos que podían atacarlo á todo momento.... !

6.º Cuando regresó de Egipto, nuevo tormento. Temía á Arquelao y le era preciso ocultar aún al Niño Jesús: no había

descanso para él, no había paz, escapaba de un peligro para encontrar otro luego.

7.º La pérdida de Jesús en el Templo. Su dolor fué tan grande, tan amargas sus lágrimas, que el Espíritu Santo quiso revelárnoslo por boca de María: sufría tanto más, cuanto que en su humildad se acusaba de haber cumplido con negligencia los cuidados que debía prodigar á Aquel que confiara á su custodia el Padre Eterno.

Tales son los siete grandes dolores de San José: él los sobrellevó en silencio, con humildad y amor. No gustó ni quiso disfrutar tampoco ningún consuelo humano; no sufría por sí mismo, sino por Jesús, por María, por el mundo entero, por nosotros: dichosos sufrimientos que lo unían al Salvador y lo hacían participar en la redención del mundo.

Aspiración.—San José, haz que tratemos á Nuestro Señor con tanto respeto y amor como le tributaste siempre.



DÍA VIGÉSIMO QUINTO

COMPASIÓN DE SAN JOSÉ

DESDE el momento en que al anciano Simeón hubo revelado la pasión futura de Jesucristo, no cesó San José por un instante de tenerla ante sus ojos, durante todo el tiempo que vivió.

La veía figurada en las Escrituras; y por otra parte Jesús, que amaba demasiado á su padre nutricio para no hacerle padecer y participar anticipadamente con Él los méritos de su Pasión, le hablaba de ella incesantemente.

El Calvario fué erigido desde luego en el corazón de San José y en él fué plantada la cruz.

Mas, ¿no hubiera podido Dios esperar un poco, dejar que San José gozase la dicha de llevar en sus brazos y estrechar sobre su corazón al Niño, que era la ale-

gría del Paraíso?—Nó. ¡Apenas cuarenta días de gozo; y en seguida el Calvario, la Pasión! Ansiaba Nuestro Señor conceder á su padre nutricio esta gracia de la cruz.

Durante treinta años, tuvo San José continuamente ante sus ojos á Nuestro Señor clavado sobre la cruz; Jesús se lo recordaba siempre y la Santísima Virgen también: ¡cuántas lágrimas debió derramar durante estas conversaciones! Mejor ilustrado por la luz divina que los Apóstoles, comprendía San José perfectamente los beneficios de la cruz y la necesidad que Jesús tenía de sufrir; los Apóstoles no querían oír hablar de su cruz á Nuestro Señor, San José por el contrario lo escuchaba con un amor compasivo.

Á fin de unirle íntimamente á sí y de hacerle partícipe de todos los merecimientos de su Pasión, Nuestro Señor debió revelarle todas las circunstancias y dolores de la misma.

Él le reveló, sin duda, que iba á ser traicionado por uno de sus apóstoles, uno de sus amigos. Y como todos los Apóstoles eran de Galilea, Jesús pudo hacer ver á San José á Judas el traidor; á Pedro, que debía negarle tres veces.

Cuando Nuestro Señor se dirigía á Jerusalén para las fiestas de Pascua y de Pentecostés: "Venid, padre mío, venid á ver el lugar donde seré crucificado", así debió hablarle conduciéndole hacia el Calvario y al huerto de los Olivos; "aquí derramaré durante tres amargas horas un copioso sudor de sangre y agua".

San José lloraba seguramente y cayendo de rodillas á los pies de Jesús le decía: "Hijo mío amadísimo, déjame en este mundo para sufrir y morir en lugar tuyo". Él compadecía cada uno de los dolores futuros de Jesús. Nuestro Señor le hizo ver, sin duda, en el pretorio de Pilatos el balcón desde donde sería maldecido por el pueblo; el palacio donde Herodes le haría comparecer para insultarle.

Jesús se postraba de rodillas y adoraba á su Padre en todos esos lugares que le eran tan queridos, donde bien pronto debía derramar su sangre, por lo cual suspiraba con toda la vehemencia de su amor; San José y María se unían á Él y sufrían en su alma anticipadamente la Pasión.

San José vió asimismo de antemano las lágrimas y dolores de María. Él se consumía en deseos y debió suplicar á Nuestro

Señor que le concediese vivir hasta entonces para poder seguirle al Calvario y ser el consolador de María. ¡Oh amargura de San José! le fué preciso aceptar la muerte, dejando aún en la tierra á Jesús y María: Jesús, que debía ser crucificado y renegado por todo su pueblo; María, que permanecería sin apoyo y sin consolador. ¡Qué martirio debió ocasionarle su amor á Jesús y María!

Todo esto es muy cierto. No hubiera sido justo que San José quedase privado de la gracia de sufrimientos, que fué concedida á todos los santos; él debía recibirla con mayor abundancia que todos los demás escogidos, puesto que Nuestro Señor á ninguno, después de María, amó tanto como á San José; á su amor le debía pues la gracia de los sufrimientos.

Compadeced los dolores de San José. Recordad aquel famoso Calvario: duró treinta años. Jesús no podía hacer más en favor de San José que concederle su amor y su amor crucificado.

Aspiración.—Alcánzanos ¡oh San José! ser hostias inmoladas con Jesús Sacramentado.



DÍA VIGÉSIMO SEXTO

SAN JOSÉ SUFRE SIN CONSOLACIONES

COMPADEZCAMOS los dolores de San José. Séanos grata su meditación: glorifiquémosle en su martirio, ya que casi nadie piensa en ello. Y, sin embargo, ¡cuántos dolores padeció! Toda su vida fué un continuado martirio. Sin duda, nada sabemos de cuanto padeció San José en su vida oculta; pues en la misma medida en que lo ha exaltado en su gloria, quiso Dios empequeñecerlo y anonadarlo en su vida oscura.

San José sufría sin gloria, sin amigos; y este carácter le es peculiar. Cuando se le ofrecía una oportunidad de hallarlos, como sucedió con los pastores, que forzosamente debieron simpatizar con él, Dios

los alejó de su lado: ellos regresaron cerca de sus rebaños, y, aunque hubieran vuelto al pesebre, ya José tuvo que dejar á Belén para huír á Egipto donde no tenía ningún amigo. ¡Ah! bien lo sabe hacer el Señor para hacer sufrir á sus amigos, á los santos.

San José debía sufrir pues sin gloria, sin amigos, sin consolaciones: nadie conoció el secreto de sus sufrimientos; á nadie podía revelarlo. Dios mismo le había impuesto este sigilo. Por otra parte, él no tenía, no podía tener amigos, fuera de la Sagrada Familia. Era preciso que guardase bien encerrado en su interior, el secreto del Padre celestial.

Pero, ¿acaso la Santísima Virgen y Nuestro Señor no le consolarían?—¡Ah! las conversaciones de María y de Jesús, sus íntimos coloquios con San José, versaban siempre sobre la Pasión futura. Nuestro Señor no quería procurarle consuelos, por lo mucho que le amaba precisamente; porque quería imprimir más y más en él su imagen crucificada: Él era el objeto é instrumento de sus dolores. En cuanto á María, ella sufría tanto ó más que su santo Esposo.

Los que le veían en el mundo ignora-

ban sus sufrimientos íntimos: no daba lugar á que lo compadeciesen siquiera; sólo dejaba vislumbrar lo que padecía como consecuencia necesaria de su condición. Así en Belén se decía de él: "Es un mendigo, un hombre de baja condición". —Si hubiera podido responderles ese mendigo: "¡Ah! vosotros no sabéis quién es esta mujer, y el fruto que lleva en su seno". Mas, no podía expresarse así. Era preciso que devorase su pena en su corazón, en el más impenetrable secreto.

Es un consuelo muy grande cuando en nuestros sufrimientos podemos desbordar su exceso en un corazón amigo; pero, sufrir con Dios solo, sólo á Él comunicar su pena y no querer otro consuelo que el de cumplir en todo su santa voluntad: he ahí el heroísmo de la santidad, una virtud sublime, que sólo el más acendrado amor de Dios pudo formar y elevar hasta tan alto grado, en el alma de San José.

Aspiración.—San José, haznos participar contigo, del espíritu de víctima y de sacrificio de Jesús Sacramentado.



DÍA VIGÉSIMO SÉPTIMO

EL AMOR, CAUSA DEL MARTIRIO DE SAN JOSÉ

BIEN se puede llamar á San José, el mártir de la vida oculta. Nadie sufrió como él. Mas, ¿cuál fué la causa de tales sufrimientos? Es que cuanto más se santifica un alma, más debe sufrir por amor y para gloria de Dios.

El sufrimiento es el cultivo de la gracia de Dios en un alma y el triunfo de nuestro amor hacia Dios.

Por eso San José, el más grande de los santos después de la Santísima Virgen, sufrió más que todos los mártires.

El principio de sus sufrimientos era su amor tan tierno, tan extraordinario, tan

ilustrado, hacia Nuestro Señor y su veneración por la Santísima Virgen. Todos los escogidos deben pasar por el Calvario; no es posible llegar hasta el Corazón de Jesús, sin pasar antes por las llagas de sus pies y manos: no tanto se trata aquí de penitencia, como de amor; la penitencia no haría más que satisfacer las deudas, el amor va más lejos: se hace crucificar con Jesucristo y por Él; es justo que cuanto más se ame, más se sufra.

De ahí que el Calvario de San José durase treinta años, sin interrupción; la cruz fué plantada en su corazón y desde el momento en que fué llamado á la dignidad de padre de Nuestro Señor, la sobrellevó hasta el último instante de su vida.

Tuvo, sin duda, algunos gozos; mas, no se detuvo en ellos y no fueron duraderos, pues su corazón lo impulsaba á buscar de nuevo el sufrimiento; en él se complacía, sabiendo que el verdadero amor es el amor crucificado. Sólo en el Paraíso nos serán revelados todos los sufrimientos de San José; pero lo que de ellos nos deja descubrir la meditación, nos permite calcular la medida de sus merecimientos y la grandeza de su amor. Pesad sus sufrimientos

y tendréis el peso de su caridad; pesad los sacrificios de los santos, conoceréis el grado de su amor; la alegría y los consuelos no constituyen el amor, sino que son su recompensa.

Aspiración.—San José, haznos participar contigo del espíritu de víctima y de sacrificio de Jesús Sacramentado.



DÍA VIGÉSIMO OCTAVO

SAN JOSÉ, CABEZA DE LA SAGRADA FAMILIA

SAN José es Padre de Jesús, su padre legal, su padre adoptivo, su padre nutricio.

Como padre, San José cuida de Jesús, trabaja para sustentarlo, lo defiende aún con riesgo de su vida; él sustenta asimismo á la Madre divina, la alivia y la protege.

¡Con qué humildad impone sus órdenes á Aquel á quien reconoce por su Creador y Salvador! Esto lo cumple porque sabe que entra en los designios del Padre celestial; lo mismo que debía hacer más tarde San Juan Bautista.

¡Con qué humildad hablaba á la San-

tísima Virgen, que era soberana suya en su calidad de Madre de Dios!

He ahí los sentimientos que deben caracterizar mi vida: debo mirar á los sacerdotes como miraba San José á Nuestro Señor; en mi prójimo debo también ver á Jesucristo; y en las mujeres á la Santísima Virgen.

Debo con Jesús, honrar á San José como mi Padre. Nuestro Señor le daba tan hermoso título; cumpliendo cerca de él todos los deberes de hijo, lo honró, lo sirvió y amó como tal. También yo he de hacer lo mismo.

San José es mi acabado modelo. Debo vivir de su vida, de sus virtudes, de su espíritu, porque mi vocación tiene gran semejanza con la de este gran santo.

Ahora bien, ¿con qué espíritu sirvió San José á Jesús y á María?—Con amor, porque conocía la divinidad de Jesús y las excelencias de María. Su alma inundada de gracias y de luces, no alcanzaba á agradecer suficientemente al Padre celestial, por haberse dignado asociarlo á tan sublimes y santos misterios.

San José se humillaba profundamente á la vista de su indignidad.

Se ofrecía con gozo y sin reserva á cumplir en todo la santa voluntad de Dios.

Se consagró con alegría y heroica abnegación al servicio de Jesús y de María, sin tener en cuenta los sacrificios que esto pudiese reclamar.

Pues bien, alma mía, he ahí tu senda. Tú participas de los honores del Patriarca: comparte asimismo su humildad; tanto más que no eres justa, ni perfecta como él. Sirve á Jesús y por Jesús sirve á tus hermanos, con la misma abnegación que San José.

San José ha de ser mi protector. Yo soy un hijo suyo bien pobre, débil y enfermizo. Sin embargo, ya que continúo su misión cerca de Jesús en la tierra, me ha de ayudar á cumplirla con él y como él.

San José ha de ser el padre de la Congregación del Santísimo Sacramento; la cabeza de su familia eucarística y el modelo de todo adorador, que desea ser grato á Jesús y servirle según su Corazón.

Aspiración.—No permitas ¡oh San José! que jamás seamos privados del Pan de vida.



DÍA VIGÉSIMO NONO

VIDA DE SAN JOSÉ EN MEDIO DE LA SAGRADA FAMILIA

JESÚS era el centro del amor de María y de José. Allí donde está el cuerpo se reúnen las águilas; donde está tu tesoro allí está tu corazón. De suerte que poseer á Jesús formaba toda la dicha de la Sagrada Familia. No se apegaban á Belén, á Nazaret, ni á Egipto, su corazón no podía desear nada más, cuando poseía á Jesús.

¡Cuán presuroso y con qué santo gozo volvía San José á la casa donde habitaba el divino Niño! ¡Cómo evitaba perder el tiempo lejos de Él! ¡Bien sabía que Jesús era el amor divino encarnado!....Así también mi hogar, mi familia, mi centro

ha de ser Jesús Sacramentado, á cuyo lado tengo la dicha de morar. Á semejanza de José sólo ahí debo hallar el lugar de mi reposo.

Jesús era el fin de la vida de María y de José. Sólo para Él vivían y trabajaban.

¡Con qué placer trabajaba San José para ganar el pan para el tierno Niño y su divina Madre! ¡Qué dicha le proporcionaba recibir el pobre salario de su trabajo! y cuando encontraba alguna dificultad, ¡cuán dulce le era vencerla con la mira de Jesús!

Del mismo modo, Jesús ha de ser el fin de mi vida, puesto que soy un verdadero José de su estado sacramental. Jesús ha de ser la ley, el gozo y toda la felicidad de mi vida; ¿puede darse en efecto, vida más hermosa que la del Santísimo Sacramento?....

Jesús era el constante alimento de la vida de unión de María y José. Ellos se sentían felices al contemplarle, escucharle, verle trabajar, obedecer, orar. !Todo lo hacía con tal perfección! Su felicidad era inefable, sobre todo cuando admiraban su interior, sus intenciones, sus sentimientos, el móvil de sus acciones; cuando le veían escoger las ocasiones de practicar la pobreza, la obediencia, la mortificación; cuando contemplaban sus humillaciones voluntarias, su anonadamiento y al verle referir toda la gloria á su Padre celestial, sin reservarse nada como hombre.

Jesús, María y José no tenían más que una vida; una sola cosa deseaban: glorificar al Padre celestial.

He ahí lo que también debo yo hacer. Para ello me es preciso entrar en la unión de María y José; compartir su vida, la vida de familia, la vida íntima é interior, cuyo único secreto se encuentra en Dios.

¡Qué felicidad ser llamado á esa vida! Mi dicha será vivir con María y José, del amor de Jesús Eucaristía.

Aspiración.—Alcanzános ¡oh San José! el vivir contigo unidos á Jesús Eucaristía.



DIA TRIGÉSIMO

DICHOSA MUERTE DE SAN JOSÉ

San José es patrón y abogado de la buena muerte. Pueden estar seguros de morir bien aquellos que se encomiendan á él. Es modelo perfecto de los que quieren morir en el Señor.

San José no ejerció el ministerio de la predicación; pero se consumió en el servicio de Jesús y mereció morir entre sus brazos. Pasó largos años en el servicio de Jesús, siendo el complemento de la Sagrada Familia.

Cuando llegó su hora postrera, Jesús mismo quiso anunciar á su padre esta noticia. San José no solamente se sometió, sino que bendijo la voluntad de Dios. Jesús y María estaban á su lado y le asistían.

¡Qué hermoso sería poder conocer lo que se dijeron en esos momentos! ¡Cuántas virtudes se hallaron reunidas! ¡Jesús! ¡María! ¡el santo Patriarca! ¡Ah! ¡todas las expresiones edificantes que han pronunciado los santos moribundos, brotaron primero sin duda de los labios de San José!

¡Grande era, sin embargo, la tristeza de Jesús y de María en tal trance! Y ¿cómo no había de ser así?....¡Amaban á San José con tanta ternura! Jesús lloró sobre la tumba de Lázaro, ¿y ellos no habían de llorar sobre la de San José?....

La muerte representa siempre un sacrificio; y también la muerte de los santos, aunque preciosa en el concepto del Señor, es dolorosa sobre la tierra. Al disponer Jesús para la muerte á su padre adoptivo, le consolaba é inspirábale confianza, pues nadie hay que no tema á la muerte, aún los santos en su profunda humildad. Y María, ¿con qué palabras tan suaves le consolaría?....¡Ah! oremos siempre para ser asistidos como San José en nuestra muerte, por Jesús y por María.

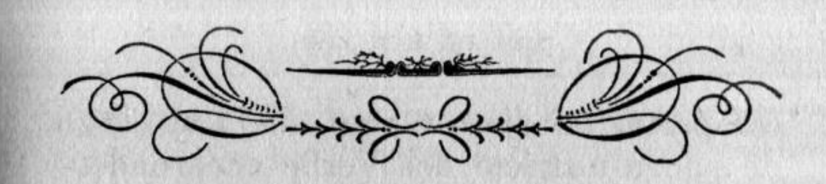
San José consiente en su muerte, la acepta; y esta aceptación corona su vida oculta y sus sublimes virtudes. El Hijo á quien había cuidado con tanto amor, se

convierte súbitamente en su juez. ¡Oh! ¡cuán indulgente debió mostrarse Jesús para con su padre adoptivo!

Ven, oh siervo bueno y fiel. Ve á anunciarme en el limbo, refiere allí cuanto has visto. Pronto iré á libertarte. ¡Oh! ¡qué fallo de amor!

Cuando sonó la hora de la redención, ¿qué fruto tan escogido debió aplicarle Jesús? ¡Cuán alto cerca del de su Hijo se eleva el trono de San José! Suplicadle que sea vuestro intercesor. El santo á quien invocamos especialmente durante nuestra vida, será sin duda alguna nuestro particular protector en la hora de la muerte. ¿Quién podrá serlo mejor que San José?....

Aspiración.—Alcánzanos, ¡oh San José! la gracia de morir como tú, unido con Jesús Eucaristía por medio del sagrado Viático.



DÍA TRIGÉSIMO PRIMERO

EFICACIA DE LA PROTECCIÓN DE SAN JOSÉ

ELEVEMOS al cielo nuestro pensamiento para descubrir allí la gloria de San José; y al terminar estos ejercicios consagrados en honor suyo, asegurémonos para toda nuestra vida y sobre todo para el momento de nuestra muerte, su poderosa protección.

Si grande fué San José en la tierra por su dignidad y sus virtudes, más grande es aún en el cielo por la gloria y por el sitio eminente que ocupa cerca del trono de Dios.

Puédese decir de él, que es todopoderoso. Lo es con la omnipotencia de Dios Padre, cuya dignidad, misión y autoridad

compartió, al ejercer aquí abajo el cargo de padre nutricio del Verbo encarnado.

¿Podría el Padre Eterno rehusar algo, á aquel á quien hiciera el don de su propio Hijo?....

San José es todopoderoso en el cielo, con la omnipotencia de Jesucristo, sobre quien tuvo pleno poder en la tierra, y que le prestó siempre obediencia de hijo. Ahora bien, ¿creéis que Jesús glorificado pueda resistir al menor deseo de quien le prodigara tantos cuidados, tan buenos oficios y tan fielmente lo sirviera en la tierra? ¡Oh! ¡nó, eso es imposible! Jesús cifra su gloria en someter á San José su omnipotencia en el cielo, del mismo modo que en la tierra le sometió su voluntad.

San José goza, además, de la omnipotencia de María, su santa Esposa; María como Esposa fiel le hace partícipe de su gloria y de su poder soberano. Nada podría rehusar la Reina del cielo á aquel á quien sirvió ella y honró como á digno esposo; á quien amó como á su custodio, tutor y padre.

¡Hemos de concluír pues, en que San José es todopoderoso!

Pues bien, honrémosle siempre, seámosle devotos, consagrémonos á su culto y así

agradaremos infinitamente á Jesús y á María que consideran como hecho á sí mismos todo cuanto se hace en honor de San José.

En él tenemos todos un ejemplar y protector. Adoradores de Jesús Sacramentado, continuamos en torno de la Eucaristía su servicio, sus adoraciones, su amor; Él velará por nosotros, nos comunicará su espíritu y sus virtudes; y, mostrándonos á Jesucristo, le dirá: Yo no puedo estar ya sobre la tierra para cuidarte, servirte y sustentarte; bendice pues ahora á éstos adoradores que me reemplazan cerca de Ti y concédeles todas las gracias con que me colmaste, á fin de que pueda su servicio recordarte el mío y reemplazarlo dignamente. ¡Oh! ¡cuán feliz se siente San José al vernos presurosos cerca de la adorable persona de Jesús Sacramentado, tan débil, tan abandonado, tan perseguido, que tiene más necesidad aún de siervos y defensores en su Sacramento, que en los días de su infancia!

Esta devoción á San José será particularmente benéfica y preciosa á las madres cristianas. San José es patrón de las familias cristianas: que lo sea de cada familia en particular y experimentaréis

bien pronto las bendiciones de su protección y los beneficios de su patrocinio. San José es patrón de las vocaciones cristianas. ¡Ah! cuánta necesidad tenéis de su auxilio para cumplir bien vuestros deberes ¡oh madres! para encaminar la vocación de vuestros hijos; inspiradles la devoción á San José; será fuente segura de felicidad para ellos.

San José es patrón de las personas afligidas, pues fué mucho lo que sufrió; en vuestras penas dirigíos á él.

Santa Teresa nos dice que jamás pidió algo á San José que no lo obtuviera al punto: tened confianza como ella y todo lo alcanzaréis.

San José es, finalmente, patrón de la buena muerte, pues murió en brazos y en el amor de Jesús y de María.

¡Dichosa el alma que practica la devoción á San José! pues posee una segura prenda de santa muerte y de la salvación y dicha eterna.

Aspiración.—Sé siempre, oh San José, mi protector, mi perfecto modelo y mi tierno padre en el servicio de Jesús Sacramentado.



ORACIONES

EN HONOR DE LOS

SIETE DOLORES Y DE LOS SIETE GOZOS

DE

San José

Que deben rezarse para ganar las indulgencias

DE LOS SIETE DOMINGOS

PRIMER DOMINGO

¡Oh Esposo purísimo de María Santísima, glorioso San José! Así como fué grande el trabajo y la angustia de vuestro corazón en la perplejidad de abandonar á vuestra purísima Esposa, así fué inexplicable vuestro gozo cuando el ángel os reveló el soberano misterio de la Encarnación.

Por este vuestro dolor y por este vuestro gozo, os rogamos que consoléis á nuestra alma ahora y en los últimos dolores, con la alegría de una buena vida y de una santa muerte semejante á la vuestra en medio de Jesús y María.

Padrenuestro, Avemaría y Gloria.

ACTO DE CONSAGRACIÓN Á SAN JOSÉ

¡Oh Santo amabilísimo, digno entre todos los Santos de ser venerado, invocado y obsequiado con particular amor, tanto por la excelencia de vuestras virtudes como por la eminencia de vuestra gloria y el poder de vuestra intercesión! Yo, N. N., en presencia de Jesús que os escogió por Padre, y de María que os aceptó por Esposo, y como á tal os honró y sirvió cariñosamente, os tomo por mi padre, mi protector y abogado para con entrambos. Propongo firmemente no olvidaros nunca, antes bien honraros todos los días de mi vida y procurar que otros os honren y glorifiquen. Os suplico que os dignéis concederme vuestra especial protección y admitirme en el número de vuestros devotos siervos. Asistidme en todas mis acciones, sedme favorable para con Jesús

y María, protegedme en la vida y no me desamparéis en la hora de mi muerte.

SEGUNDO DOMINGO

¡Oh felicísimo Patriarca, glorioso San José, que fuiste escogido entre todos para el oficio de Padre putativo del Verbo humanado! El dolor que sentiste al ver nacer el Niño Jesús en tanta pobreza, se cambió luego en alegría celestial oyendo la armonía angélica y viendo la gloria de aquella noche tan resplandeciente.

Por este vuestro dolor y por este vuestro gozo os suplico que nos alcancéis que, después del camino de esta vida, pasemos á oír las alabanzas de los Ángeles y á gozar de los resplandores de la gloria celestial.

Padrenuestro, Avemaría y Gloria.

Ahora se rezará el acto de consagración, como el primer Domingo, pág. 100.

TERCER DOMINGO

¡Oh ejecutor obedientísimo de las leyes divinas, glorioso San José! La sangre preciosísima que derramó el Niño Redentor en la circuncisión, os traspasó el

corazón, pero el nombre de Jesús os reanimó, llenándoos de gozo.

Por este vuestro dolor y por este vuestro gozo, alcanzadnos que, quitado de nosotros todo vicio en vida, expiremos gozosos con el santísimo nombre de Jesús en el corazón y en la boca.

Padrenuestro, Avemaría y Gloria.

Acto de consagración, pág. 100.

CUARTO DOMINGO

¡Oh fidelísimo Santo, que tuvisteis parte en los Misterios de nuestra Redención, glorioso San José! Si la profecía de Simeón de lo que habían de padecer Jesús y María os causó un desmayo de muerte, también os colmó de un dichoso gozo la predicción de que de ahí se seguiría la salud y resurrección de innumerables almas.

Por este vuestro dolor y por este vuestro gozo, alcanzadnos que seamos del número de aquellos que, por los méritos de Jesús y por la intercesión de María, han de resucitar gloriosamente.

Padrenuestro, Avemaría y Gloria.

Acto de consagración, pág. 100.

QUINTO DOMINGO

¡Oh vigilantísimo Guarda, familiar íntimo del Hijo de Dios Encarnado, glorioso San José! ¡Cuánto penasteis para sustentar y servir al Hijo del Altísimo, particularmente cuando tuvisteis que huír á Egipto! pero ¡cuánto también gozasteis, teniendo siempre con vos al mismo Dios, y viendo caer á tierra los ídolos de Egipto!

Por este vuestro dolor y por este vuestro gozo alcanzadnos que, teniendo lejos de nosotros al tirano infernal, y especialmente huyendo de las ocasiones peligrosas, caiga de nuestro corazón todo ídolo de afecto terreno, y, ocupados en servir á Jesús y á María, para ellos vivamos solamente y muramos felizmente.

Padrenuestro, Avemaría y Gloria.

Acto de consagración, pág. 100.

SEXTO DOMINGO

¡Oh ángel de la tierra, glorioso San José, que os admirasteis viendo al Rey del cielo sujeto á vuestras órdenes! Si vuestro consuelo al volverle de Egipto, se entur-

bió con el temor de Arquelao, sin embargo, asegurado por el Ángel habitasteis alegre en Nazaret.

Por este vuestro dolor y por este vuestro gozo, alcanzadnos que, libre nuestro corazón de temores nocivos, gocemos de la paz de la conciencia, y viviendo seguros con Jesús y María, ellos nos asistan en nuestra agonía.

Padrenuestro, Avemaría y Gloria.

Acto de consagración, pág. 100.

SEPTIMO DOMINGO

¡Oh ejemplar de toda santidad, glorioso San José! Perdido que hubisteis sin culpa al Niño Jesús, para mayor dolor hubisteis de buscarlo por tres días, hasta que, con sumo júbilo, gozasteis de vuestra vida, hallada en el templo entre los doctores.

Por este vuestro dolor y por este vuestro gozo, os suplicamos de lo íntimo del corazón que, por vuestra intercesión, jamás suceda que nosotros perdamos á Jesús con culpa grave, y que, si por desgracia le perdiésemos, le busquemos con sumo dolor para hallarlo piadoso, particularmente en nuestra muerte, á fin de que

lleguemos á gozarle en el cielo, y á cantar allí con vos eternamente sus divinas misericordias.

Padrenuestro, Avemaría y Gloria.

Acto de consagración, pág. 100.

Antiph.—Ipse Jesus erat incipiens quasi annorum triginta, ut putabatur, filius Joseph.

℣. Ora pro nobis, Sancte Joseph.

℟. Ut digni efficiamur promissionibus Christi.

OREMUS

Deus, qui ineffabili providentia Beatum Joseph Sanctissimæ Genitricis tuæ Sponsum eligere dignatus es; præsta, quæsumus, ut quem Protectorem veneramur in terris, intercessorem habere mereamur in cœlis.

Qui vivis, et regnas in sæcula sæculorum.

℟. Amen.

———

Indulgencias concedidas

Á LA DEVOCIÓN DE LOS

SIETE DOMINGOS DE SAN JOSÉ

El Sumo Pontífice Gregorio XVI, por Rescripto de la Sagrada Congregación de Indulgencias, de 22 de Enero de 1836, concede á todos los fieles que á lo menos con corazón contrito recen devotamente las dichas oraciones en siete domingos continuos, que cada uno elija entre año:

Indulgencia de 300 días en cada uno de los seis primeros domingos.

Indulgencia plenaria en el séptimo domingo si, verdaderamente arrepentidos, se confiesan y comulgan.

La Santidad de N. S. P. Pío Papa IX, por Rescripto de la Sagrada Congregación de Indulgencias, de 1.° de Febrero de 1847, confirmando las sobredichas concesiones, añadió:

Indulgencia plenaria en cada uno de los siete domingos continuos, á elegir entre año, con tal que precediendo el rezo de las oraciones sobredichas, verdaderamente arrepentidos, confesados y comulgados, visiten alguna iglesia ú oratorio público, y rueguen allí por algún espacio de tiempo, según la mente de Su Santidad.

El mismo Sumo Pontífice, por otro Decreto de la Sagrada Congregación de Indulgencias, de 22 de Marzo de 1847, extendió la *Indulgencia plenaria*, concedida para cada uno de los siete domingos entre año, á favor de los que no saben leer y residen en lugares en que no se practican públicamente, con tal que en cada domingo, llenando las demás condiciones, en lugar de las oraciones recen *siete veces el Padrenuestro, Avemaría* y *Gloria*.

Además, por concesión anterior del Papa Pío VII, rezando estas mismas oraciones, se ganan:

Indulgencia de 100 días, una vez al día.

Indulgencia de 300 días, todos los miércoles del año y en cada día de los nueve precedentes de San José (19 de Marzo) y de su Patrocinio (tercer domingo después de Pascua).

Indulgencia plenaria en estas dos fiestas, confesando y comulgando además.

Letanías de San José

Señor, ten piedad de nosotros.
Cristo, ten piedad de nosotros.
Señor, ten piedad de nosotros.
Cristo, óyenos.
Cristo, escúchanos.
Dios Padre celestial, ten piedad de nosotros.
Dios Hijo, Redentor del mundo, ten piedad de nosotros.
Dios Espíritu Santo, ten piedad de nosotros.
Santa Trinidad, un solo Dios, ten piedad de nosotros.

Santa María,
San José,
Prole ínclita de David,
Luz de los Patriarcas,
Esposo de la Madre de Dios,
Custodio purísimo de la Virgen,
Sustentador del Hijo de Dios,
Defensor diligente de Cristo,
Jefe de la Santa Familia,
José justísimo,
José castísimo,
José prudentísimo,
José fortísimo,
José obedientísimo,
José fidelísimo,
Espejo de paciencia,
Modelo de los obreros,

Ruega por nosotros

Honra de la vida doméstica,
Custodio de las vírgenes,
Columna de las familias,
Consuelo de los menesterosos
Esperanza de los enfermos,
Patrono de los moribundos,
Terror de los demonios,
Protector de la Santa Iglesia,

Ruega por nosotros

Cordero de Dios, que borras los pecados del mundo, perdónanos, Señor.
Cordero de Dios, que borras los pecados del mundo, óyenos, Señor.
Cordero de Dios, que borras los pecados del mundo, ten piedad de nosotros.

℣. Le constituyó señor de su casa.
℟. Y príncipe de toda su posesión.

OREMOS

Oh Dios, que por inefable providencia te te dignaste elegir á San José para esposo de tu Santísima Madre, te suplicamos nos concedas tener en el cielo como intercesor al que que veneramos en la tierra como protector. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

Himno á San José

Te, Jóseph, célebrent ágmina cœlitum,
Te cuncti résonent christíadum chori,
Qui, clarus méritis, junctus es inclytæ
Casto fœdere Vírgini.
Almo cum túmidam gérmine conjúgem
Admirans, dúbio tangeris anxius,
Afflátu súperi Fláminis Angelus,
Concéptum puérum docet.
Tu natum Dóminum stríngis; ad ésteras
Ægypti prófugum tu séqueris plagas;
Amissum Sólymis quæris et ínvenis,
Miscens gáudia flétibus.
Post mortem réliquos mors pia cónsecrat;
Palmamque eméritos glória suscipit;
Tu vivens, súperis par, frúeris Deo,
Mira sorte beátior.
Nobis, summa Trias, parce precántibus,
Da Jóseph meritis sídera scándere,
Ut tandem líceat nos tibi pérpetim
Gratum prómere cánticum. Amen.
℣. Gloria et divítiæ in domo ejus.
℟. Et justitia ejus manet in sæculum sæculi.

FIN

ÍNDICE